

SU MORAL Y LA NUESTRA | QUE ES EL MARXISMO

LEÓN TROTSKY



LEÓN TROTSKY

SU MORAL Y
LA NUESTRA
QUE ES EL MARXISMO



CENTRO ★
DE ESTUDIOS
SOCIALISTAS

Su moral y la nuestra

¿Qué es el marxismo?

León Trotsky



Esta obra ha sido tomada de la edición del [Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx](#) y la [Corriente Socialista El Militante \(CMI Argentina\)](#).

El Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx es la editorial en español de la Corriente Marxista Internacional. Para ponerte en contacto con nosotros escribenos a nuestro correo electrónico o a nuestras redes sociales:

e-mail: contacto@centromarx.org

Facebook: fb.com/centromarx

Twitter: [@CentroMarx](https://twitter.com/CentroMarx)

www.centromarx.org

Índice

- [1. Emanaciones de moral](#)
 - [2. Amoralidad marxista y verdades eternas](#)
 - [3. 'El fin justifica los medios'](#)
 - [4. Jesuitismo y utilitarismo](#)
 - [5. 'Reglas morales universalmente válidas'](#)
 - [6. Crisis de la moral democrática](#)
 - [7. El 'sentido común'](#)
 - [8. Los moralistas y la GPU](#)
 - [9. Disposición política de personajes](#)
 - [10. El estalinismo, producto de la vieja sociedad](#)
 - [11. Moral y revolución](#)
 - [12. La revolución y el sistema de rehenes](#)
 - [13. 'Moral de cafres'](#)
 - [14. La 'amoralidad' de Lenin](#)
 - [15. Un episodio edificante](#)
 - [16. Interdependencia dialéctica del fin y de los medios](#)
- [Apéndice: Moralistas y sicofantes contra el marxismo](#)
[¿Qué es el marxismo?](#)

1. Emanaciones de moral

En épocas de reacción triunfante, los señores demócratas, socialdemócratas, anarquistas y otros representantes de la izquierda se ponen a desprender, en doble cantidad, emanaciones de moral, del mismo modo que transpiran doblemente las gentes cuando tienen miedo. Al repetir, a su manera, los Diez Mandamientos o el Sermón de la Montaña, esos moralistas se dirigen no tanto a la reacción triunfante cuanto a los revolucionarios perseguidos por ella, quienes, con sus “excesos” y con sus principios “amorales”, “provocan” a la reacción y le proporcionan una justificación moral. Hay, sin embargo, un medio tan sencillo y seguro de evitar la reacción: el esfuerzo interior; la regeneración moral. En todas las redacciones interesadas se distribuyen gratuitamente muestras de perfección ética.

La base de clase de esta prédica falsa y ampulosa la constituye la pequeña burguesía intelectual. La base política son la impotencia y la desesperación ante la ofensiva reaccionaria. La base psicológica se halla en el deseo de superar el sentimiento de la propia inconsistencia, disfrazándose con una barba postiza de profeta.

El procedimiento moralizador del filisteo consiste en identificar los modos de actuar de la reacción con los de la revolución. El éxito del procedimiento se obtiene con la ayuda de analogías de forma. Zarismo y bolchevismo son gemelos. También es posible descubrir gemelos del fascismo y el comunismo. Se puede formular una lista de rasgos comunes entre el catolicismo y aún el jesuitismo y el bolchevismo. Por su parte, Hitler y Mussolini, utilizando un método enteramente semejante, demuestran que liberalismo, democracia y bolchevismo sólo son distintas manifestaciones de un solo y mismo mal. La idea de que estalinismo y trotskismo son “en el fondo” idénticos, encuentra hoy la más amplia aceptación. Reúne en su rededor a liberales, demócratas, píos católicos, idealistas, pragmatistas, anarquistas y fascistas. Si los estalinistas no están en posibilidad de unirse a ese “frente popular”, sólo es porque —por casualidad— se hallan ocupados en exterminar a los trotskistas.

El rasgo fundamental de esas asimilaciones e identificaciones lo constituye el ignorar completamente la base material de las diversas tendencias, es decir, su naturaleza de clase, y por eso mismo su papel histórico objetivo. En lugar de eso, se valoran y clasifican las distintas

tendencias según cualquier indicio exterior y secundario; lo más a menudo, según su actitud frente a tal o cual principio abstracto, que para el clasificador dado tiene un valor profesional muy particular. Así, para el papa romano, los francmasones, los darwinistas, los marxistas y los anarquistas son gemelos, puesto que todos por igual niegan sacrílegamente la Inmaculada Concepción. Para Hitler, liberalismo y marxismo son gemelos, puesto que ignoran “la sangre y el honor”. Para los demócratas, son el fascismo y el bolchevismo los gemelos, puesto que no se inclinan ante el sufragio universal. Etcétera, etcétera. Los rasgos comunes a las tendencias así comparadas son innegables. La realidad, sin embargo, es que el desarrollo de la especie humana no se agota ni con el sufragio universal, ni con “la sangre y el honor”, ni con el dogma de la Inmaculada Concepción. El proceso histórico es, ante todo, lucha de clases y sucede que clases diferentes, en nombre de finalidades diferentes, usen medios análogos. En el fondo, no podría ser de otro modo. Los ejércitos beligerantes son siempre más o menos simétricos y si no hubiera nada de común en sus métodos de lucha, no podrían lanzarse ataques uno al otro.

El campesino o el tendero rudos, si se encuentran entre dos fuegos, sin comprender ni el origen ni el sentido de la pugna entre proletariado y burguesía, tendrán igual odio para los dos campos en lucha; y ¿qué son todos esos moralistas demócratas? Los ideólogos de las capas medias, caídas o temerosas de caer entre dos fuegos. Los principales rasgos de los profetas de ese género son su alejamiento de los grandes movimientos históricos, el conservatismo petrificado de su pensamiento, la satisfacción de sí, en la propia mediocridad y la cobardía política más primitiva. Los moralistas quieren, ante todo, que la historia los deje en paz; con sus libritos, sus revistillas, sus suscriptores, el sentido común y las normas morales. Pero la historia no los deja en paz. Tan pronto de izquierda como de derecha, les dan de empellones. Indudablemente, revolución y reacción, zarismo y bolchevismo, comunismo y fascismo, estalinismo y trotskismo son todos gemelos. Que quien lo dude se tome la pena de palpar, en el cráneo de los moralistas, las protuberancias simétricas de derecha e izquierda.

2. Amoralidad marxista y verdades eternas

La acusación más conocida y más impresionante dirigida contra la “amoralidad” bolchevique se apoya en la supuesta regla jesuítica del bolchevismo: “el fin justifica los medios”. De ahí no es difícil extraer la conclusión siguiente: puesto que los trotskistas, como todos los bolcheviques (o marxistas), no reconocen los principios de la moral, consecuentemente, entre trotskismo y estalinismo no existen diferencias “principales”. Que es lo que se quería demostrar.

Un semanario norteamericano, no poco vulgar y cínico, emprendió, a propósito del bolchevismo, una pequeña encuesta que, como de costumbre, había de servir a la vez la ética y la publicidad. El inimitable H. G. Wells, cuya homérica suficiencia siempre ha sido todavía mayor que la imaginación extraordinaria, se apresuró a solidarizarse con los snobs reaccionarios del Common Sense. Todo esto está en el orden natural. Aquellos de entre los participantes de la encuesta que juzgaron conveniente tomar la defensa del bolchevismo, no lo hicieron, en la mayoría de los casos, sin tímidas reservas: los principios del marxismo son, naturalmente, malos; pero se encuentra uno entre los bolcheviques a hombres excelentes (Eastman). En verdad, hay “amigos” más peligrosos que enemigos.

Si quisiésemos tomar en serio a nuestros señores censores debiéramos preguntarles, ante todo, cuáles son sus principios de moral. He ahí una cuestión a la cual sería dudoso que recibiéramos respuesta. Admitamos, en efecto, que ni la finalidad personal ni la finalidad social puedan justificar los medios. Será menester entonces buscar otros criterios fuera de la sociedad, tal como la historia la ha hecho, y fuera de las finalidades que suscita su desarrollo. ¿En dónde? Si no es en la tierra, habrá de ser en los cielos. Los sacerdotes han descubierto, desde tiempo atrás, criterios infalibles de moral en la revelación divina. Los padrecitos laicos hablan de las verdades eternas de la moral, sin indicar su fuente primera. Tenemos, sin embargo, derecho de concluir diciendo: si esas verdades son eternas, debieron existir no sólo antes de la aparición del pitecántropo sobre la tierra, sino aun antes de la formación del sistema solar. En realidad, ¿de dónde vienen exactamente? Sin Dios, la teoría de la moral eterna no puede tenerse en pie.

Los moralistas de tipo anglosajón, en la medida en que no se contentan, gracias a su utilitarismo racionalista, con la ética del tenedor de libros burgués, resultan discípulos conscientes o inconscientes del vizconde de Shaftesbury, quien —¡a principios del siglo XVIII!— deducía los juicios morales de un “sentido moral” particular dado —por decirlo así— de una vez para siempre al hombre. Situada por encima de las clases, la moral conduce inevitablemente a la aceptación de una sustancia particular, de un “sentido moral”, de una “conciencia”, como un absoluto especial, que no es más que un cobarde seudónimo filosófico de Dios. La moral independiente de los “fines”, es decir, de la sociedad, ya se deduzca de la verdad eterna, ya de la “naturaleza humana”, sólo es, en resumidas cuentas, una forma de “teología natural”. Los cielos continúan siendo la única posición fortificada para las operaciones militares contra el materialismo dialéctico.

En Rusia apareció, a fines del siglo pasado, toda una escuela de “marxistas” (Struve, Berdiaev, Bulgakov y otros) que quisieron completar la enseñanza de Marx por medio de un principio moral autónomo, es decir, colocado por encima de las clases. Esas gentes partían, claro está, de Kant y del imperativo categórico. ¿Y cómo acabaron? Struve es ahora un antiguo ministro del barón Wrangel y un buen hijo de la Iglesia. Bulgakov es sacerdote ortodoxo. Berdiaev interpreta, en diversas lenguas, el Apocalipsis. Una metamorfosis tan inesperada, a primera vista, no se explica de ningún modo por el “alma eslava” —Struve, por lo demás, tiene el alma germánica— sino por la magnitud de la lucha social en Rusia. La tendencia fundamental de esa metamorfosis es en realidad internacional.

El idealismo filosófico clásico, en la proporción en que tendió, en su época, a secularizar la moral es decir, a emanciparla de la sanción religiosa fue un enorme paso hacia adelante (Hegel). Pero una vez desprendida de los cielos, la moral tuvo necesidad de raíces terrestres. El descubrimiento de esas raíces fue una de las tareas del materialismo. Después de Shaftesbury, Darwin; después de Hegel, Marx. Invocar hoy las “verdades eternas” de la moral es tratar de hacer que la rueda dé vueltas al revés. El idealismo filosófico sólo es una etapa de la religión al materialismo o, por el contrario, del materialismo a la religión.

3. ‘El fin justifica los medios’

La orden de los jesuitas, fundada en la primera mitad del siglo XVI para resistir al protestantismo, no enseñó jamás —digámoslo de pasada— que cualquier medio, aunque fuese criminal desde el punto de vista de la moral católica, fuera admisible, con tal de conducir al “fin”, es decir, al triunfo del catolicismo. Esta doctrina contradictoria y psicológicamente absurda fue malignamente atribuida a los jesuitas por sus adversarios protestantes y a veces también católicos, quienes, por su parte, no se paraban en escrúpulos al seleccionar medios para alcanzar sus fines. Los teólogos jesuitas, preocupados como los de otras escuelas por el problema del libre albedrío, enseñaban en realidad que el medio, en sí mismo, puede ser indiferente y que la justificación o la condenación moral de un medio dado se desprenden de su fin. Así, un disparo es por sí mismo indiferente; tirado contra un perro rabioso que amenaza a un niño, es una buena acción; tirado para amagar o para matar, es un crimen. Los teólogos de la orden no intentaron decir otra cosa, más que ese lugar común. En cuanto a su moral práctica, los jesuitas no fueron de ningún modo peores que los otros monjes o que los sacerdotes católicos; por el contrario, más bien les fueron superiores; en todo caso, fueron más consecuentes, más audaces y más perspicaces que los otros. Los jesuitas constituían una organización militante cerrada, estrictamente centralizada, ofensiva y peligrosa no sólo para sus enemigos, sino también para sus aliados. Por su psicología y por sus métodos de acción, un jesuita de la época “heroica” se distinguía del cura adocenado, tanto como un guerrero de la Iglesia de su tendero. No tenemos ninguna razón para idealizar al uno o al otro; pero sería enteramente indigno considerar al guerrero fanático con los ojos del tendero estúpido y perezoso.

Si nos quedamos en el terreno de las comparaciones puramente formales o psicológicas, pues sí podrá decirse que los bolcheviques son a los demócratas y socialdemócratas de cualquier matiz lo que los jesuitas eran a la apacible jerarquía eclesiástica. Comparados con los marxistas revolucionarios, los socialdemócratas y los centristas resultan unos atrasados mentales o, comparados con los médicos, unos curanderos: no hay cuestión alguna que ellos profundicen completamente; creen en la virtud de los exorcismos y eluden cobardemente cualquier dificultad,

esperanzados con un milagro. Los oportunistas son los pacíficos tenderos de la idea socialista, mientras que los bolcheviques son sus combatientes convencidos. De ahí el odio para los bolcheviques, y las calumnias en su contra, de parte de quienes tienen en exceso los mismos defectos que ellos, condicionados por la historia, y ninguna de sus cualidades.

Sin embargo, la comparación de los bolcheviques con los jesuitas sigue siendo, a pesar de todo, absolutamente unilateral y superficial; más literaria que histórica. Por el carácter y por los intereses de clase en que se apoyaban, los jesuitas representaban la reacción; los protestantes, el progreso. El carácter limitado de ese “progreso” encontraba expresión inmediata, a su vez, en la moral de los protestantes. Así, la doctrina de Cristo, “purificada” por ellos, no impidió en modo alguno al burgués citadino que era Lutero, clamar por el exterminio de los campesinos sublevados, esos “perros rabiosos”. El doctor don Martín consideraba sin duda que “el fin justifica los medios”, antes de que esa regla fuese atribuida a los jesuitas. A su vez, los jesuitas, rivalizando con los protestantes, se adaptaron cada día más al espíritu de la sociedad burguesa, y de los tres votos —pobreza, castidad y obediencia— no conservaron sino el último, por lo demás, en una forma extremadamente suavizada. Desde el punto de vista del ideal cristiano, la moral de los jesuitas cayó tanto más bajo cuanto más cesaron éstos de ser jesuitas. Los guerreros de la Iglesia se volvieron sus burócratas y, como todos los burócratas, unos pillos redomados.

4. Jesuitismo y utilitarismo

Esas breves observaciones bastan sin duda para mostrar cuánta ignorancia y cuánta cortedad se necesitan para tomar en serio la oposición entre el principio “jesuítico”: “el fin justifica los medios”, y el otro, inspirado por supuesto en una moral más elevada, según el cual cada “medio” lleva su etiqueta moral, lo mismo que las mercancías en los almacenes de precio fijo. Es notable que el sentido común del filisteo anglosajón consiga indignarse contra el principio “jesuítico”, mientras él mismo se inspira en la moral del utilitarismo, tan característico de la filosofía británica. Sin embargo, el criterio de Bentham, John Mill —“la mayor felicidad posible para el mayor número posible”— significa: morales son los medios que conducen al bien general, fin supremo. Bajo su enunciado filosófico general, el utilitarismo anglosajón coincide así plenamente con el principio “jesuítico”: “el fin justifica los medios”. El empirismo — como vemos— existe en este mundo para liberar a las gentes de la necesidad de juntar los dos cabos del razonamiento.

Herbert Spencer, a cuyo empirismo Darwin había inoculado la idea de “evolución” del mismo modo que se vacuna contra la viruela, enseñaba que en el dominio de la moral la evolución parte de las “sensaciones” para llegar hasta las “ideas”. Las sensaciones imponen criterios de satisfacción inmediata, mientras que las ideas permiten guiarse conforme a un criterio de satisfacción futura, más durable y más elevada. El criterio de la moral es así, aquí también, la “satisfacción” o la “felicidad”. Pero el contenido de este criterio se ensancha y profundiza según el nivel de la “evolución”. Así, hasta Herbert Spencer, por los métodos de su utilitarismo “evolucionista”, ha mostrado que el principio: “el fin justifica los medios” no encierra, en sí mismo, nada inmoral.

Sin embargo, sería ingenuo esperar de este “principio” abstracto una respuesta a la cuestión práctica: ¿Qué se puede y qué no se puede hacer? Además, el principio: “el fin justifica los medios” suscita naturalmente la cuestión: ¿Y qué justifica el fin? En la vida práctica, como en el movimiento de la historia, el fin y el medio cambian sin cesar de sitio. La máquina en construcción es el “fin” de la producción, para convertirse, una vez instalada en una fábrica, en un “medio” de esa producción. La democracia es, en ciertas épocas, el “fin” de la lucha de clases, para cambiarse después

en su “medio”. Sin encerrar en sí nada inmoral, el principio atribuido a los jesuitas no resuelve, sin embargo, el problema de la moral.

El utilitarismo “evolucionista” de Spencer nos deja igualmente sin respuesta, a medio camino, pues siguiendo las huellas de Darwin intenta reabsorber la moral histórica concreta en las necesidades biológicas o en los “instintos sociales” propios de la vida animal gregaria, mientras que el concepto mismo de moral surge sólo en un medio dividido por antagonismos, es decir, en una sociedad dividida en clases.

El evolucionismo burgués se detiene impotente en el umbral de la sociedad histórica, pues no quiere reconocer el principal resorte de la evolución de las formas sociales: la lucha de clases. La moral sólo es una de las funciones ideológicas de esa lucha. La clase dominante impone a la sociedad sus fines y la acostumbra a considerar como inmorales los medios que contradicen esos fines. Tal es la función principal de la moral oficial. Persigue “la mayor felicidad posible”, no para la mayoría, sino para una exigua minoría, por lo demás, sin cesar decreciente. Un régimen semejante no podría mantenerse ni una semana por la sola coacción. Tiene necesidad del cemento de la moral. La elaboración de ese cemento constituye la profesión de teóricos y moralistas pequeñoburgueses. Que manipulen todos los colores del arco iris; a pesar de ello siguen siendo, en resumidas cuentas, los apóstoles de la esclavitud y de la sumisión.

5. ‘Reglas morales universalmente válidas’

Quien no quiera retornar ni a Moisés ni a Cristo ni a Mahoma, ni contentarse con una mezcolanza ecléctica, debe reconocer que la moral es producto del desarrollo social; que no encierra nada invariable; que se halla al servicio de los intereses sociales; que esos intereses son contradictorios; que la moral posee, más que cualquier otra forma ideológica, un carácter de clase.

Sin embargo, ¿es que no existen reglas elementales de moral, elaboradas por el desarrollo de la humanidad en tanto que totalidad, y necesarias para la vida de la colectividad entera? Existen, sin duda; pero la virtud de su acción es extremadamente limitada e inestable. Las normas “universalmente válidas” son tanto menos actuantes cuanto más agudo es el carácter que toma la lucha de clases. La forma suprema de ésta es la guerra civil; ella provoca la explosión de todos los lazos morales entre las clases enemigas.

En condiciones “normales”, el hombre “normal” observa el mandamiento: “¡No matarás!”; pero si mata en condiciones excepcionales de legítima defensa, los jueces lo absuelven. Si, por el contrario, cae víctima de un asesino, éste será quien muera, por decisión del tribunal. La necesidad de tribunales, lo mismo que de la legítima defensa, se desprende del antagonismo de intereses. En lo que concierne al Estado, éste se limita, en tiempo de paz, a legalizar la ejecución de individuos, para cambiar, en tiempo de guerra, el mandamiento “universalmente válido”: “¡No matarás!” en su contrario. Los gobiernos más “humanos” que, en tiempo de paz “odian” la guerra, convierten, en tiempo de guerra, en deber supremo de sus ejércitos el exterminio de la mayor parte posible de la humanidad.

Las supuestas reglas “generalmente reconocidas” de la moral conservan en el fondo un carácter algebraico, es decir, indeterminado. Expresan únicamente el hecho de que el hombre, en su conducta individual, se encuentra ligado por ciertas normas generales, que se desprenden de su pertenencia a una sociedad. El “imperativo categórico” de Kant es la más elevada generalización de esas normas. A despecho, sin embargo, de la alta situación que ocupa en el Olimpo de la filosofía, ese imperativo no encierra

en sí absolutamente nada de categórico, puesto que no posee nada de concreto. Es una forma sin contenido.

La causa de la vacuidad de las normas universalmente válidas se encuentra en el hecho de que en todas las cuestiones decisivas, los hombres sienten su pertenencia a una clase, mucho más profunda e inmediatamente que su pertenencia a una “sociedad”. Las normas “universalmente válidas” de la moral se cargan, en realidad, con un contenido de clase, es decir, antagónico. La norma moral se vuelve tanto más categórica cuanto menos “universal” es. La solidaridad obrera, sobre todo durante las huelgas o tras las barricadas, es infinitamente más “categórica” que la solidaridad humana en general.

La burguesía, que sobrepasa en mucho al proletariado por lo acabado y lo intransigente de su conciencia de clase, tiene un interés vital en imponer su moral a las masas explotadas. Precisamente por eso las normas concretas del catecismo burgués se cubren con abstracciones morales que se colocan bajo la égida de la religión, de la filosofía o de esa cosa híbrida que se llama “sentido común”. El invocar las normas abstractas no es un error filosófico desinteresado, sino un elemento necesario en la mecánica de la engañifa de clase.

La divulgación de esa engañifa, que tiene tras de sí una tradición milenaria, es el primer deber del revolucionario proletario.

6. Crisis de la moral democrática

Para asegurar el triunfo de sus intereses en las grandes cuestiones, las clases dominantes se ven obligadas a hacer concesiones en las cuestiones secundarias; claro que hasta la medida en que esas concesiones quepan dentro de su contabilidad. En la época del ascenso capitalista, sobre todo durante las últimas decenas de años anteriores a la guerra, esas concesiones, por lo menos en lo que concierne a las capas superiores del proletariado, tuvieron un carácter enteramente real. La industria de esas épocas progresaba sin cesar. El bienestar de las naciones civilizadas, parcialmente también el de las masas obreras, se acrecentaba. La democracia parecía inquebrantable. Las organizaciones obreras crecían. Al mismo tiempo que ellas, crecían también las tendencias reformistas. Las relaciones entre las clases, por lo menos exteriormente, se suavizaban. Así se establecían en las relaciones sociales, junto a las normas de la democracia y a los hábitos de paz social, ciertas reglas elementales de moral. Se forjaba la impresión de una sociedad cada día más libre, justa y humana. La curva ascendente del progreso parecía infinita al “sentido común”.

En lugar de eso, estalló la guerra, con su cortejo de conmociones violentas, de crisis, de catástrofes, de epidemias, de saltos atrás. La vida económica de la humanidad se encontró en un callejón sin salida. Los antagonismos de clase se exacerbaban y se manifestaron a plena luz. Los mecanismos de seguridad de la democracia comenzaron a hacer explosión uno tras otro. Las reglas elementales de la moral se revelaron todavía más frágiles que las instituciones de la democracia y las ilusiones del reformismo. La mentira, la calumnia, la venalidad, la corrupción, la violencia, el asesinato cobraron proporciones inauditas. A los espíritus sencillos y abatidos pareció que semejantes inconvenientes eran resultado momentáneo de la guerra. En realidad, eran y siguen siendo manifestaciones de decadencia del imperialismo. La putrefacción del capitalismo significa la putrefacción de la sociedad contemporánea, con su derecho y con su moral.

La síntesis” del horror imperialista es el fascismo, nacido directamente de la bancarrota de la democracia burguesa ante las tareas de la época imperialista. Restos de democracia ya sólo se sostienen entre las aristocracias capitalistas más ricas. Por cada “demócrata” de Inglaterra, de Francia, de Holanda, de Bélgica, es preciso contar varios esclavos

coloniales; la democracia de los Estados Unidos está manejada por “sesenta familias”, etc. En todas las democracias, por lo demás, crecen rápidamente elementos de fascismo. El estalinismo es, a su vez, producto de la presión del imperialismo sobre un Estado obrero atrasado y aislado y, a su modo, es un complemento simétrico del fascismo.

En tanto que los filisteos idealistas —y, naturalmente, los anarquistas en primer lugar— denuncian sin descanso la “amoralidad” marxista en su prensa, los trusts norteamericanos gastan —según palabras de John Lewis (CIO)— no menos de ochenta millones de dólares anuales en la lucha práctica contra la “desmoralización” revolucionaria, es decir, en gastos de espionaje, de corrupción de obreros, de falsificaciones judiciales, de asesinatos a mansalva.

¡El imperativo categórico sigue a veces, para triunfar, rutas bastante sinuosas!

Observemos —por escrúpulo de equidad— que los más sinceros y también los más limitados de los moralistas pequeñoburgueses viven, todavía hoy de los recuerdos idealizados del ayer y de las esperanzas de un retorno a ese ayer. No comprenden que la moral es función de la lucha de clases que la moral democrática correspondía a la época del capitalismo liberal progresista; que la exacerbación de la lucha de clases, que domina toda la época reciente, ha destruido definitiva y completamente esa moral; que su sitio ha sido tomado, de un lado por la moral del fascismo y, de otro, por la moral de la revolución proletaria.

7. El ‘sentido común’

La democracia y la moral “universal” no son las únicas víctimas del imperialismo. La tercera es el sentido común, “innato en todos los hombres”. Esta forma inferior de la inteligencia, necesaria en cualquier condición, es también suficiente en ciertas circunstancias. El capital fundamental del sentido común se ha forjado con las conclusiones elementales extraídas de la experiencia humana: no metáis el dedo al fuego, seguid de preferencia la línea recta, no molestéis a los perros bravos... etc., etc. En un medio social estable, el sentido común resulta suficiente para practicar el comercio, cuidar a los enfermos, escribir artículos, dirigir un sindicato, votar en el parlamento, fundar una familia y multiplicarse. Pero, cuando el sentido común trata de escapar a sus límites naturales para intervenir en el terreno de generalizaciones más complejas, se comprueba que sólo es el conglomerado de los prejuicios de una clase y de una época determinadas. Ya la simple crisis del capitalismo lo despista; mas ante catástrofes como la revolución, la contrarrevolución y la guerra, el sentido común sólo es un imbécil a secas. Para conocer las conmociones catastróficas del curso “normal” de las cosas, se precisan facultades más altas de la inteligencia, cuya expresión filosófica ha sido dada, hasta ahora, por el materialismo dialéctico.

Max Eastman, que se esfuerza con buen éxito por dar al “sentido común” la más seductora apariencia literaria, se ha forjado de la lucha contra la dialéctica una especie de profesión. Eastman toma en serio las banalidades conservadoras del sentido común, mezcladas con un estilo florido, como si fueran la “ciencia de la revolución”. Viniendo en refuerzo de los esnob reaccionarios de Common Sense, con una seguridad inimitable enseña a la humanidad que si Trotsky se hubiese guiado, no por la doctrina marxista, sino por el sentido común, no hubiera perdido el poder. La dialéctica interna que se ha manifestado hasta ahora en la sucesión de las etapas de todas las revoluciones, para Eastman no existe. La sucesión de la revolución por la reacción se determina —según él— por la falta de respeto para con el sentido común. Eastman no comprende que precisamente, en el sentido histórico, Stalin resulta ser una víctima del sentido común, es decir, de la insuficiencia del sentido común, puesto que el poder de que dispone sirve fines hostiles al bolchevismo. Por el contrario, a nosotros, la doctrina

marxista nos ha permitido romper oportunamente con la burocracia thermidriana y continuar sirviendo los fines del socialismo internacional.

Toda ciencia, inclusive la “ciencia de la revolución”, está sujeta a verificación experimental. Puesto que Eastman sabe cómo mantener un poder revolucionario dentro de las condiciones de una contrarrevolución mundial, hay que esperar que también sepa cómo conquistar el poder. Sería muy deseable que revelase, al fin, ese secreto. Lo mejor sería que lo hiciese en forma de proyecto de programa de partido revolucionario y bajo el título de: cómo conquistar y cómo conservar el poder. Tememos, sin embargo, que precisamente el sentido común detenga a Eastman, antes de lanzarse a empresa tan arriesgada. Y, esta vez, el sentido común tendrá razón.

La doctrina marxista que —¡oh, dolor!— Eastman jamás ha entendido, nos ha permitido prever lo inevitable, en ciertas condiciones históricas, del Thermidor soviético, con todo su cortejo de crímenes. La misma doctrina había predicho, con mucho tiempo de anticipación, el inevitable hundimiento de la democracia burguesa y de su moral. Por el contrario, los doctrinarios del “sentido común” se han visto cogidos de modo imprevisto por el fascismo y el estalinismo. El sentido común procede a base de magnitudes invariables en un mundo en el que sólo la variabilidad es invariable. La dialéctica, en cambio, considera los fenómenos, las instituciones y las normas en su formación, su desarrollo y su decadencia. La actitud dialéctica frente a la moral, producto accesorio y transitorio de la lucha de clases, parece “inmoral” a los ojos del sentido común. Sin embargo, ¡nada hay más duro y más limitado, más suficiente y más cínico que la moral del sentido común!

8. Los moralistas y la GPU

El pretexto para la cruzada contra la “amoralidad” bolchevique lo proporcionaron los procesos de Moscú. La cruzada, sin embargo, no comenzó inmediatamente, ya que los moralistas, en su mayoría, eran, directa o indirectamente, amigos del Kremlin. En tanto que amigos, durante cierto tiempo se esforzaron por disimular su estupor y hasta por simular que nada había pasado. Sin embargo, los procesos de Moscú de ningún modo son un azar. El servilismo y la hipocresía, el culto oficial de la mentira, la compra de conciencias y todas las demás formas de corrupción comenzaron a abrirse con opulencia en Moscú, desde 1924-25. Las futuras falsificaciones judiciales se prepararon abiertamente a los ojos del mundo entero. No faltaron advertencias. Sin embargo, los “amigos” no querían notar nada. No es asombroso: la mayoría de esos caballeros habían sido enteramente hostiles a la revolución de Octubre y sólo se aproximaron a la Unión Soviética paralelamente a la degeneración thermidoriana de ésta. La democracia pequeñoburguesa de occidente reconoció en la burocracia pequeñoburguesa de oriente un alma hermana. ¿Creyeron verdaderamente esos individuos las acusaciones de Moscú? Sólo las creyeron los más imbéciles. Los otros, no quisieron causarse la molestia de una verificación. ¿Valía la pena trastornar la amistad halagüeña y confortable, y a menudo provechosa con las embajadas soviéticas? Por lo demás —¡oh, no lo olvidaban!— la imprudente verdad podía perjudicar el prestigio de la URSS. Esos hombres taparon el crimen por razones utilitarias, es decir, aplicaron manifiestamente el principio: “el fin justifica los medios”.

El señor Pritt, consejero de Su Majestad británica, que había tenido ocasión de echar en Moscú una mirada de soslayo bajo la túnica de Temis Staliniana y había encontrado sus intimidades en buen estado, tomó sobre sí la tarea de desafiar la vergüenza. Romain Rolland, cuya autoridad moral aprecian tanto los tenedores de libros de las editoriales soviéticas, se apresuró a publicar uno de sus manifiestos, en los que el lirismo melancólico se une a un cinismo senil. La Liga Francesa de los Derechos del Hombre, que condenaba en 1917 la “amoralidad de Lenin y de Trotsky”, cuando rompieron la alianza militar con Francia, se apresuró a tapar en 1936 los crímenes de Stalin, en interés del pacto franco-soviético. El fin patriótico justifica —como se ve— todos los medios. En los Estados

Unidos, *The Nation* y *The New Republic* cerraron los ojos para las hazañas de Yagoda, puesto que la “amistad” con la URSS se había convertido en sustento de su propia autoridad. No hace ni siquiera un año, esos señores no afirmaban que estalinismo y trotskismo fueran idénticos. Estaban abiertamente por Stalin, por su espíritu realista, por su justicia y por su Yagoda. En esa posición se mantuvieron tanto tiempo como pudieron.

Hasta el momento de la ejecución de Tujachevski, de Iakir, etc., la gran burguesía de los países democráticos observó, no sin satisfacción —aunque afectando cierta repugnancia— el exterminio de revolucionarios en la URSS. En este sentido, *The Nation*, *The New Republic*, para no hablar de los Duranty, Louis Fischer y otros prostitutos de la pluma, se adelantaban a los intereses del imperialismo “democrático”. La ejecución de los generales perturbó a la burguesía, obligándola a comprender que la muy avanzada descomposición del aparato estalinista podría facilitar la tarea a Hitler, a Mussolini y al Mikado. El *New York Times* se puso a rectificar prudente, pero insistentemente, la puntería de su Duranty. El *Temps* de París dejó filtrar en sus columnas un débil rayo de luz sobre la situación en la URSS. En cuanto a los moralistas y a los sicofantes pequeñoburgueses, jamás fueron más que auxiliares de las clases capitalistas. En fin, cuando la Comisión John Dewey formuló su veredicto, se hizo evidente a los ojos de todo hombre, por poco que pensara, que continuar defendiendo abiertamente a la GPU era afrontar la muerte política y moral. Sólo a partir de ese momento fue cuando los “amigos” decidieron invocar las verdades eternas de la moral; es decir, replegarse, atrincherándose en una segunda línea.

Los estalinistas y semiestalinistas atemorizados no ocupan el último sitio entre los moralistas. Eugene Lyons convivió alegremente durante varios años con la pandilla thermidoriana, considerándose casi un bolchevique. Habiendo regañado con el Kremlin —poco nos importa saber por qué—, Lyons de nuevo se encontró, naturalmente, en las nubes del idealismo. Liston Oak gozaba, todavía muy recientemente, de tal crédito cerca de la Comintern, que se le encargó dirigir la propaganda republicana de lengua inglesa en España. Cuando renunció a su cargo, no tuvo el menor empacho, claro está, en renunciar también a su abecedario de marxismo. Walter Krivitsky, habiendo rehusado volver a la URSS y habiendo roto con la GPU, pasó inmediatamente a la democracia burguesa. Parece también que esa es la metamorfosis del septuagenario Charles Rappoport. Una vez echado el estalinismo por la borda, las gentes de esta clase —y son

numerosas— no pueden abstenerse de buscar en los argumentos de la moral abstracta una compensación a la decepción y al envilecimiento ideológico por el que han pasado. Preguntadles por qué pasaron de la Comintern o de la GPU al campo de la burguesía. Su respuesta está pronta: “El trotskismo no vale más que el estalinismo”.

9. Disposición política de personajes

“El trotskismo es el romanticismo revolucionario; el estalinismo es la política realista”. De esta ramplona antinomia, por cuyo medio el filisteo vulgar justificaba, todavía ayer, su amistad con termidor, contra la revolución, no queda hoy ni una huella. Ya no se opone trotskismo a estalinismo en general; ya se les identifica. Se les identifica en la forma y no en la esencia. Al batirse en retirada hasta el meridiano del “imperativo categórico”, los demócratas continúan en realidad defendiendo a la GPU; pero mejor disfrazados, más pérfidamente. Quien calumnia a las víctimas, trabaja con los verdugos. En éste, como en otros casos, la moral sirve a la política.

El filisteo demócrata y el burócrata estalinista son, si no gemelos, por lo menos hermanos espirituales. Políticamente, pertenecen, en todo caso, al mismo campo. Sobre la colaboración de estalinistas, demócratas y liberales reposa actualmente el sistema gubernamental de Francia y, añadiendo a los anarquistas, el de la España republicana. Si el Independent Labour Party de Inglaterra ofrece una tan pobre apariencia es porque durante años no ha salido de los brazos de la Comintern. El Partido Socialista Francés excluyó a los trotskistas en los precisos momentos en que se preparaba para la fusión con los estalinistas. Si la fusión no se llevó a cabo no fue a causa de divergencia de principios —¿qué queda de ella?— sino a consecuencia del temor de los bonzos socialdemócratas de perder sus puestos. Al volver de España, Norman Thomas declaró que los trotskistas ayudaban “objetivamente” a Franco, y gracias a ese absurdo subjetivo proporcionó una ayuda “objetiva” a los verdugos de la GPU. Este apóstol ha excluido a los “trotskistas” norteamericanos de su partido, en el momento preciso en que la GPU fusilaba a sus camaradas en la URSS y en España. En numerosos países democráticos, los estalinistas, a despecho de su “inmoralidad”, penetran —no sin buen éxito— en el aparato del Estado. En los sindicatos se llevan bien con los burócratas de cualquier matiz. Es cierto que los estalinistas tratan demasiado a la ligera el Código Penal, cosa que aterroriza un poco, en tiempos apacibles, a sus amigos “demócratas”; por el contrario, en circunstancias excepcionales —como lo muestra el

ejemplo de España—, con ello tanto más seguramente se convierten en jefes de la pequeña burguesía contra el proletariado.

La II Internacional y la Federación Sindical de Amsterdam no tomaron sobre ellas, claro está, la responsabilidad de las falsificaciones: dejaron semejante tarea a la Comintern. Callaron. En conversaciones privadas, sus representantes declaraban que desde el punto de vista moral, estaban contra Stalin; pero que desde el punto de vista político, estaban con él. Sólo cuando el Frente Popular de Francia reveló hendeduras irreparables y los socialistas franceses tuvieron que pensar en el mañana, fue cuando Léon Blum encontró en el fondo de su tintero las indispensables fórmulas de la indignación moral.

Si Otto Bauer censura suavemente la justicia de Vichinsky, es para sostener, con tanta mayor “imparcialidad”, la política de Stalin. El destino del socialismo —según reciente declaración de Bauer— parece estar ligado a la suerte de la Unión Soviética. “Y el destino de la Unión Soviética —continúa diciendo— es el del estalinismo, mientras el desenvolvimiento de la Unión Soviética misma no haya superado la fase estalinista”. ¡Todo Bauer, todo el austromarxismo, toda la mentira y toda la podredumbre de la socialdemocracia están en esa frase magnífica! “Mientras” la burocracia estalinista sea suficientemente fuerte para exterminar a los representantes progresistas del “desenvolvimiento interior”, Bauer se queda con Stalin. Cuando las fuerzas revolucionarias, a despecho de Bauer, derroquen a Stalin, entonces Bauer reconocerá generosamente el “desenvolvimiento interior”, con un retraso de unos diez años, cuando más.

Tras las viejas internacionales gravita el Buró de Londres, de los centristas, que reúne con todo acierto los aspectos de un jardín de niños, de una escuela para adolescentes atrasados y de un asilo de inválidos. El secretario del Buró, Fenner Brockway, comenzó por declarar que una investigación sobre los procesos de Moscú podría “perjudicar a la URSS”, y en lugar de eso propuso que se hiciera una averiguación sobre... la actividad política de Trotsky, por una comisión “imparcial”, integrada por cinco adversarios irreconciliables de Trotsky. Brandler y Lovestone se solidarizaron públicamente con Yagoda; no retrocedieron sino ante Iezhov. Jacob Walcher, con un pretexto manifiestamente falso, rehusó prestar a la Comisión John Dewey un testimonio que sólo podía ser desfavorable a Stalin. La moral podrida de semejantes individuos sólo es producto de su política podrida.

El papel más triste, sin embargo, corresponde, sin duda, a los anarquistas. Si el estalinismo y el trotskismo son una y la misma cosa —como lo afirman ellos en cada renglón— ¿por qué, pues, los anarquistas españoles ayudan a los estalinistas a aniquilar a los trotskistas, y al mismo tiempo a los anarquistas que se mantienen revolucionarios? Los teóricos libertarios más francos responden: es el precio del suministro soviético de armas. En otros términos: el fin justifica los medios. Pero, ¿cuál es el fin de ellos: el anarquismo, el socialismo? No, la salud de la democracia burguesa, que ha preparado el triunfo del fascismo. A un fin sucio corresponden sucios medios.

¡Esa es la disposición verdadera de los personajes en el tablero de la política mundial!

10. El estalinismo, producto de la vieja sociedad

Rusia ha dado el salto hacia adelante más grandioso de la historia, y son las fuerzas más progresistas del país las que encontraron en él su expresión. Durante la reacción actual, cuya amplitud es proporcional a la de la revolución, la inercia toma su desquite. El estalinismo se ha convertido en la encarnación de esa reacción. La barbarie de la antigua Rusia, vuelta a aparecer sobre nuevas bases sociales, resulta más repugnante aun porque ahora tiene que emplear una hipocresía como la historia no había conocido hasta hoy.

Los liberales y los socialdemócratas de occidente, a quienes la revolución de octubre había hecho dudar de sus añejas ideas, han sentido sus fuerzas renacer. La gangrena moral de la burocracia soviética les parece una rehabilitación del liberalismo. Se les ve exhibir viejos aforismos fuera de cuño, como éstos: “Toda dictadura lleva en sí los gérmenes de su propia disolución”; “sólo la democracia puede garantizar el desenvolvimiento de la personalidad”, etc. Esa oposición de democracia y dictadura, que contiene, en este caso, la condenación del socialismo, en nombre del régimen burgués, asombra, desde el punto de vista teórico, por su ignorancia y su mala fe. La infección del estalinismo en tanto que realidad histórica, es opuesta a la democracia en tanto que abstracción suprahistórica. Sin embargo, la democracia también ha tenido su historia, y en ella no han faltado horrores. Para caracterizar la burocracia soviética empleamos las expresiones “Thermidor” y “bonapartismo”, de la historia de la democracia burguesa, ya que —y que los adoctrinadores retrasados del liberalismo tomen nota— la democracia no apareció de ningún modo por virtud de medios democráticos. Sólo mentecatos pueden contentarse con razonamientos sobre el bonapartismo, “hijo legítimo” del jacobinismo, castigo histórico por los atentados cometidos contra la democracia, etc. Sin la destrucción del feudalismo por el método jacobino, la democracia burguesa hubiera sido inconcebible. Es tan falso oponer a las etapas históricas concretas: jacobinismo, Thermidor, bonapartismo, la abstracción idealizada de “democracia”, como oponer el recién nacido al adulto.

El estalinismo, a su vez, no es una abstracción de “dictadura”, sino una grandiosa reacción burocrática contra la dictadura proletaria, en un país atrasado y aislado. La revolución de Octubre abolió los privilegios, declaró la guerra a la desigualdad social, sustituyó la burocracia por el gobierno de los trabajadores por ellos mismos, suprimió la diplomacia secreta, se esforzó por dar un carácter de transparencia completa a todas las relaciones sociales. El estalinismo ha restaurado las formas más ofensivas de los privilegios, ha dado a la desigualdad un carácter provocativo, ha ahogado la actividad espontánea de las masas por medio del absolutismo policiaco, ha hecho de la administración un monopolio de la oligarquía del Kremlin y ha regenerado el fetichismo del poder, bajo aspectos que la monarquía absoluta no se hubiese atrevido a soñar.

La reacción social, en cualquiera de sus formas, se ve obligada a ocultar sus fines verdaderos. Mientras más brutal sea la transición de la revolución a la reacción, más depende la reacción de las tradiciones de la revolución; es decir, más teme a las masas y tanto más se ve forzada a recurrir a la mentira y a la falsificación, en la lucha contra los representantes de la revolución. Las falsificaciones estalinistas no son fruto de la “amoralidad” bolchevique, no; como todos los acontecimientos importantes de la historia, son producto de una lucha social concreta, por lo demás, la más perversa y cruel que exista: la lucha de una nueva aristocracia contra las masas que la han elevado al poder.

Se necesita, en realidad, una total indigencia intelectual y moral para identificar la moral reaccionaria y policiaca del estalinismo con la moral revolucionaria del bolchevismo. El partido de Lenin ha cesado de existir desde hace mucho tiempo: se ha roto contra las dificultades interiores y contra el imperialismo mundial. Su sitio ha sido tomado por la burocracia estalinista, que es un mecanismo de transmisión del imperialismo. En la liza mundial, la burocracia ha sustituido la lucha de clases por la colaboración de clases, el internacionalismo por el socialpatriotismo. Para adaptar el partido director a las tareas de la reacción, la burocracia ha “renovado” su composición, por medio del exterminio de revolucionarios y el reclutamiento de arribistas.

Toda reacción resucita, nutre, refuerza los elementos del pasado histórico sobre el que la revolución ha descargado un golpe sin haber logrado aniquilarlo. Los métodos del estalinismo llevan hasta el fin, hasta la tensión más alta y, al mismo tiempo, hasta el absurdo, todos los procedimientos de mentira, de crueldad y de bajeza que constituyen el mecanismo del poder en

toda sociedad dividida en clases, sin excluir la democracia. El estalinismo es un conglomerado de todas las monstruosidades del Estado tal como lo ha hecho la historia; es también su peor caricatura y su repugnante mueca. Cuando los representantes de la antigua sociedad oponen sentenciosamente a la gangrena del estalinismo una abstracción democrática esterilizada, tenemos excelente derecho de recomendarles, lo mismo que a toda la vieja sociedad, que se admiren en el espejo deformante del Thermidor soviético. Ciertamente, la GPU supera en mucho todos los otros regímenes por la franqueza de sus crímenes; pero eso es consecuencia de la amplitud grandiosa de los acontecimientos que sacudieron a Rusia en las condiciones de la desmoralización mundial de la era imperialista.

11. Moral y revolución

Entre liberales y radicales no faltan gentes que han asimilado los métodos materialistas de interpretación de los acontecimientos y que se consideran marxistas. Eso no les impide, sin embargo, seguir siendo periodistas, profesores o políticos burgueses. El bolchevique no se concibe, naturalmente, sin método materialista, inclusive en el dominio de la moral. Pero ese método no sólo le sirve para interpretar los acontecimientos, sino para crear el partido revolucionario, el partido del proletariado. Es imposible cumplir semejante tarea sin una independencia completa ante la burguesía y su moral. Sin embargo, la opinión pública burguesa domina perfecta y plenamente, en el actual momento, el movimiento obrero oficial, de William Green en los Estados Unidos a García Oliver en España, pasando por León Blum y Maurice Thorez en Francia. El carácter reaccionario de esta época encuentra en ese hecho su más profunda expresión.

El marxista revolucionario no podría abordar su misión histórica sin haber roto moralmente con la opinión pública de la burguesía y de sus agentes en el seno del proletariado. Tal cosa exige un arrojo moral de distinto calibre del que se necesita para gritar en las reuniones públicas: “¡Abajo Hitler! ¡Abajo Franco!”. Precisamente esa ruptura decisiva, profundamente reflexionada, irrevocable, entre los bolcheviques y la moral conservadora de la grande y también de la pequeña burguesía, es lo que causa un espanto mortal a los fraseadores demócratas, a los profetas de salón y a los héroes de comedor. De ahí sus lamentaciones sobre la “amoralidad” de los bolcheviques.

Su manera de identificar la moral burguesa con la moral “en general” se observa, sin duda, del mejor modo en la extrema izquierda de la pequeña burguesía, precisamente en los partidos centristas del llamado Buró de Londres. Ya que esta organización “admite” el programa de la revolución proletaria, nuestras divergencias con ella parecen a primera vista secundarias. En realidad, su “admisión” del programa revolucionario carece de todo valor, ya que no la obliga a nada. Los centristas “admiten” la revolución proletaria como los kantianos admiten el imperativo categórico, es decir, como un principio sagrado, pero inaplicable en la vida de todos los días. En la esfera de la política práctica, se unen con los peores enemigos de

la revolución, los reformistas-estalinistas, para luchar contra nosotros. Todo su pensamiento está impregnado de duplicidad y falsedad. Si no llegan hasta crímenes enormes, sólo es porque siempre se quedan en el último plano de la política: son, en cierta forma, los carteristas de la historia. Precisamente por eso se consideran los llamados a regenerar el movimiento obrero por medio de una nueva moral.

En la extrema izquierda de esta cofradía de “izquierda” se encuentra un pequeño grupo, totalmente insignificante en lo político, de emigrados alemanes que publican la revista *Neuer Weg* (Nueva Ruta). Inclinémonos un poco y escuchemos a esos detractores “revolucionarios” de la amoralidad bolchevique. En tono de elogio de doble sentido, la *Neuer Weg* escribe que los bolcheviques se distinguen ventajosamente de los otros partidos por su falta de hipocresía: proclaman abiertamente lo que los demás aplican silenciosamente en la realidad, a saber, el principio: “el fin justifica los medios”. Pero —según la opinión de la *Neuer Weg*— una regla “burguesa” de ese género es incompatible “con un movimiento socialista sano”. “La mentira y algo peor aún no son medios permitidos en la lucha, como lo consideraba todavía Lenin”. La palabra “todavía” significa naturalmente que Lenin no había aún conseguido deshacerse de sus ilusiones, por no haber vivido hasta el descubrimiento de la “nueva ruta”.

En la fórmula “la mentira y algo peor aún”, el segundo miembro significa evidentemente la violencia, el asesinato, etc., ya que, suponiendo invariable todo el resto, la violencia es peor que la mentira y el asesinato es la forma suprema de la violencia. Llegamos así a la conclusión de que la mentira, la violencia y el asesinato son incompatibles con “un movimiento socialista sano”. Pero, ¿qué pasa con la revolución? La guerra civil es la más cruel de las guerras. Es inconcebible, no sólo sin la violencia ejercitada contra terceros, sino —con la técnica contemporánea— sin el homicidio de ancianos y niños. ¿Es preciso recordar a España? La única respuesta que podrían darnos los “amigos” de la España republicana sería que la guerra civil vale más que la esclavitud fascista. Esa respuesta, enteramente correcta, sólo significa que un fin (democracia o socialismo) justifica, en ciertas condiciones, medios tales como la violencia y el homicidio.

¡Inútil hablar de la mentira! La guerra es tan inconcebible sin mentiras como la máquina sin engrase. Con el fin único de proteger la sesión de las Cortes (10 de febrero de 1938) contra las bombas fascistas, el gobierno de Barcelona engañó varias veces, a sabiendas, a los periodistas y a la población; ¿podía obrar de otro modo? Quien quiera el fin —la victoria

contra Franco— debe aceptar los medios, la guerra civil con su cortejo de horrores y de crímenes.

Sin embargo, la mentira y la violencia, ¿no deben condenarse “en sí mismas”? Seguramente, deben condenarse, y al mismo tiempo, la sociedad dividida en clases, que las engendra. La sociedad sin contradicciones sociales será, claro está, una sociedad sin mentira ni violencia. Sin embargo, sólo podemos tender hasta ella un puente por virtud de métodos revolucionarios, es decir, métodos de violencia. La revolución misma es producto de una sociedad dividida en clases y de ello lleva necesariamente impresas las huellas. Desde el punto de vista de las “verdades eternas”, la revolución es, naturalmente, “inmoral”. Pero eso sólo significa que la moral idealista es contrarrevolucionaria, es decir, se halla al servicio de los explotadores.

“Pero la guerra civil —dirá quizás el filósofo tomado de improviso— es, por decirlo así, una lamentable excepción. En tiempo de paz, un movimiento socialista sano debe abstenerse de la violencia y de la mentira”. Semejante respuesta sólo es una lastimosa escapatoria. No hay fronteras infranqueables entre la lucha de clases “pacífica” y la revolución. Cada huelga contiene en germen todos los elementos de la guerra civil. Las dos partes se esfuerzan por darse mutuamente una idea exagerada de su resolución de luchar y de sus recursos materiales. Gracias a su prensa, a sus agentes y a sus espías, los capitalistas se esfuerzan por intimidar y desmoralizar a los huelguistas. Por su lado, las piquetes de huelga, cuando la persuasión resulta inoperante, se ven obligadas a recurrir a la fuerza. Así, “la mentira y algo peor aún” constituyen parte inseparable de la lucha de clases, hasta en su forma más embrionaria. Queda por añadir que las nociones de verdad y de mentira nacieron de las contradicciones sociales.

12. La revolución y el sistema de rehenes

Stalin manda prender y fusilar a los hijos de sus adversarios después de haber mandado que ellos mismos sean fusilados bajo falsas acusaciones. Las familias le sirven de rehenes para obligar a volver del extranjero a los diplomáticos soviéticos que quisieran permitirse alguna duda sobre la probidad de Yagoda o de Iezhov. Los moralistas de la Neuer Weg creen necesario y oportuno recordar con este motivo que Trotsky se sirvió, “él también”, en 1919, de una ley de rehenes. Y aquí es preciso citar textualmente: “La aprehensión de familias inocentes por Stalin es de una barbarie repugnante. Pero semejante cosa sigue siendo una barbarie cuando es Trotsky el que manda (1919)”. ¡He ahí la moral idealista en toda su belleza! Estos criterios son tan falaces como las normas de la democracia burguesa: se supone en ambos casos la igualdad, en donde no hay ni sombra de igualdad.

No insistamos aquí en que el decreto de 1919 muy probablemente no provocó el fusilamiento de parientes de oficiales, cuya traición no sólo costaba pérdidas humanas innumerables, sino que amenazaba llevar directamente la revolución a su ruina. En el fondo, no se trata de eso. Si la revolución hubiera manifestado desde el principio menos inútil generosidad, centenares de miles de vidas se habrían ahorrado en lo que siguió. Sea lo que fuere, yo asumo la entera responsabilidad del decreto de 1919. Fue una medida necesaria en la lucha contra los opresores. Este decreto, como toda la guerra civil, que podríamos también llamar con justicia “una repugnante barbarie”, no tiene más justificación que el objeto histórico de la lucha.

Dejemos a Emil Ludwig y a sus semejantes la tarea de pintarnos retratos de Abraham Lincoln, adornados con alitas color de rosa. La importancia de Lincoln reside en que para alcanzar el gran objetivo histórico asignado por el desarrollo del joven pueblo norteamericano, no retrocedió ante las medidas más rigurosas, cuando ellas fueron necesarias. La cuestión ni siquiera reside en saber cuál de los beligerantes sufrió o infligió el mayor número de víctimas. La historia tiene un patrón diferente para medir las crueldades de los sureños y las de los norteamericanos de la Guerra de Secesión.

¡Que eunucos despreciables no vengan a sostener que el esclavista, que por medio de la violencia o la astucia encadena a un esclavo, es el igual, ante la moral, del esclavo que por la astucia o la violencia rompe sus cadenas!

Cuando ya estuvo ahogada en sangre la Comuna de París y la canalla reaccionaria del mundo entero se hubo puesto a arrastrar su estandarte por el cieno, no faltaron numerosos filisteos demócratas para difamar, al lado de la reacción, a los comuneros (communards) que habían ejecutado 64 rehenes, empezando por el arzobispo de París. Marx no vaciló un instante en tomar la defensa de esta acción sangrienta de la Comuna. En una circular del Consejo General de la Internacional, en líneas por debajo de las cuales creería uno escuchar lava que hierve, Marx recuerda primero que la burguesía usó el sistema de rehenes en su lucha contra los pueblos de las colonias y contra su propio pueblo, para referirse en seguida a las ejecuciones sistemáticas de los comuneros prisioneros por los encarnizados reaccionarios. Y continúa: “Para defender a sus combatientes prisioneros, la Comuna no tenía más recurso que la toma de rehenes, acostumbrada entre los prusianos. La vida de los rehenes se perdió y volvió a perderse por el hecho de que los versalleses continuaban fusilando a sus prisioneros. ¿Habría sido posible salvar a los rehenes, después de la horrible carnicería con que marcaron su entrada a París los pretorianos de MacMahon? ¿El último contrapeso al salvajismo implacable de los gobiernos burgueses —la toma de rehenes— habría de reducirse a una burla?” Así escribía Marx sobre la ejecución de rehenes, a pesar de que tras él hubiese en el Consejo General no pocos Fenner Brockway, Norman Thomas y otros Otto Bauer. La indignación del proletariado mundial ante las atrocidades de los versalleses era sin embargo tan grande, que los confusionistas reaccionarios prefirieron callar, esperando tiempos mejores para ellos, que —desgraciadamente— no tardaron en llegar. Sólo después del triunfo definitivo de la reacción fue cuando los moralistas pequeñoburgueses, en unión de los burócratas sindicales y de los fraseadores anarquistas, causaron la pérdida de la I Internacional.

Cuando la revolución de Octubre se defendía contra las fuerzas reunidas del imperialismo, en un frente de ocho mil kilómetros, los obreros del mundo entero seguían el desarrollo de esta lucha con una simpatía tan ardiente que hubiese sido peligroso denunciar ante ellos el sistema de rehenes como una “repugnante barbarie”. Fue precisa la completa degeneración del Estado soviético y el triunfo de la reacción en una serie de países para que los moralistas salieran de sus agujeros... en ayuda de Stalin.

En efecto, si las medidas de represión tomadas para defender los privilegios de la nueva aristocracia tienen el mismo valor moral que las medidas revolucionarias tomadas en la lucha libertadora, entonces Stalin está plenamente justificado, a menos que... la revolución proletaria sea condenada en masa. Al mismo tiempo que buscan ejemplos de inmoralidades en los acontecimientos de la guerra civil en Rusia, los señores moralistas se ven obligados a cerrar los ojos ante el hecho de que la revolución española restableció también el sistema de rehenes, por lo menos, durante el período en que fue una verdadera revolución de masas. Si los detractores todavía no se han atrevido a atacar a los obreros españoles por su “repugnante barbarie”, es únicamente porque el terreno de la península ibérica está aún demasiado quemante para ellos. Es mucho más cómodo remontarse a 1919. Eso es ya historia: los viejos habrán ya olvidado y los jóvenes todavía no aprenden. Por esa misma razón, los fariseos de cualquier matiz retornan con tanta insistencia a Kronstadt y Makhno:

¡sus emanaciones de moral pueden exhalarse aquí libremente!

13. ‘Moral de cafres’

No es posible dejar de convenir con los moralistas en que la historia toma caminos crueles. ¿Qué conclusión sacar de ahí para la actividad práctica? León Tolstoy recomendaba a los hombres ser más sencillos y mejores. El mahatma Gandhi les aconseja tomar leche de cabra. ¡Ay! Los moralistas “revolucionarios” de la Neuer Weg no están muy lejos de esas recetas. “Debemos liberarnos —predican ellos— de esa moral de cafres para la que no hay más mal que el que hace el enemigo”. ¡Admirable consejo! “Debemos liberarnos...” Tolstoy recomendaba también liberarse del pecado de la carne. Y sin embargo, la estadística no confirma el buen éxito de su propaganda. Nuestros homúnculos centristas han logrado elevarse hasta una moral por encima de las clases, dentro de una sociedad dividida en clases. Pero si hace casi dos mil años que eso fue dicho: “Amad a vuestros enemigos”, “Ofreced la otra mejilla”... Y sin embargo, hasta ahora, ni el Santo Padre romano se ha “liberado” del odio a sus enemigos. ¡En verdad, el diablo, enemigo del género humano, es muy poderoso!

Aplicar criterios diferentes a los actos de los explotadores y de los explotados es —según la opinión de los pobres homúnculos— ponerse al nivel de la “moral de los cafres”. Preguntemos primero si corresponde a “socialistas” el profesar semejante desprecio por los cafres. ¿Su moral es tan mala? He aquí lo que dice sobre ese tema la Enciclopedia Británica:

“En sus relaciones sociales y políticas manifiestan mucho tacto e inteligencia; son extraordinariamente valientes, belicosos y hospitalarios; y fueron honrados y veraces mientras el contacto con los blancos no les volvió suspicaces, vengativos y ladrones, y que no hubieron, además, asimilado la mayor parte de los vicios de los europeos”. No se puede dejar de concluir que los misioneros blancos, predicadores de la moral eterna, contribuyeron a la corrupción de los cafres.

Si a un trabajador cafre se le refiriera que los obreros, habiéndose rebelado en alguna parte del planeta, tomaron a sus opresores de improviso, el cafre se alegraría. Le apenaría, por el contrario, saber que los opresores han logrado engañar a los oprimidos. El cafre a quien los misioneros no han corrompido hasta la médula de los huesos no consentirá nunca en aplicar las mismas normas de moral abstracta a los opresores y a los oprimidos. En cambio, comprenderá muy bien —si se le explica— que el

objeto de esas normas abstractas es precisamente el de impedir la rebelión de los oprimidos contra los opresores.

Coincidencia edificante: para calumniar a los bolcheviques, los misioneros de la Neuer Weg tuvieron que calumniar al mismo tiempo a los cafres; y en ambos casos, la calumnia sigue el cauce de la mentira oficial burguesa: contra los revolucionarios y contra las razas de color. ¡No, nosotros preferimos los cafres a todos los misioneros: religiosos o laicos!

Sin embargo, es preciso no sobrestimar el grado de conciencia de los moralistas de la Neuer Weg o de los otros callejones sin salida. Las intenciones de estas gentes no son tan malas. A pesar de ellas, sin embargo, sirven de palanca al mecanismo de la reacción. En una época como la actual en que los partidos pequeñoburgueses se aferran a la burguesía liberal o a su sombra (política de “frente popular”) paralizan al proletariado y abren la ruta al fascismo (España, Francia), los bolcheviques, es decir, los marxistas revolucionarios se convierten en personajes particularmente odiosos a los ojos de la opinión pública burguesa. La presión política fundamental de nuestros días se ejerce de derecha a izquierda. En resumidas cuentas, todo el peso de la reacción gravita sobre los hombros de una pequeña minoría revolucionaria que se llama la IV Internacional- Voila l’ennemi! ¡He ahí el enemigo!

El estalinismo ocupa en el mecanismo de la reacción muchas posiciones dominantes. Todos los grupos de la sociedad burguesa, inclusive los anarquistas, utilizan de un modo o de otro su ayuda en la lucha contra la revolución proletaria. Al mismo tiempo, los demócratas pequeñoburgueses tratan de echar, por lo menos en un cincuenta por ciento, lo odioso de los crímenes de su aliado moscovita sobre la irreductible minoría revolucionaria. Ésa es, precisamente, la significación del dicho desde ahora de moda: “trotskismo y estalinismo son una y la misma cosa”. Los adversarios de los bolcheviques y de los cafres ayudan así a la reacción para calumniar el partido de la revolución.

14. La ‘amoralidad’ de Lenin

Los “socialistas-revolucionarios” rusos han sido siempre los hombres más morales: en el fondo, eran sólo pura ética. Eso no les impidió, sin embargo, engañar a los campesinos rusos durante la revolución. En el órgano parisiense de Kerensky —él mismo socialista ético, precursor de Stalin en la fabricación de falsas acusaciones contra los bolcheviques—, el viejo “socialista-revolucionario” Zenzinov escribe: “Lenin enseñó, como se sabe, que para alcanzar el fin que se asignan, los bolcheviques pueden y a veces deben ‘usar de diversas estratagemas, del silencio y del disimulo de la verdad...” (Novaia Rosiia, 17 de febrero de 1938, pág. 3). De ahí la conclusión ritual: el estalinismo es hijo legítimo del leninismo.

Por desgracia, ese detractor ético no sabe ni siquiera citar honradamente. Lenin escribió: “Es preciso saber aceptarlo todo, todos los sacrificios, y aun —en caso de necesidad— usar de estratagemas varias de astucia, de procedimientos ilegales, de silencio, del disimulo de la verdad, para penetrar en los sindicatos, mantenerse en ellos, proseguir en ellos la acción comunista”. La necesidad de estratagemas y de astucias —según la explicación de Lenin— era consecuencia del hecho de que la burocracia reformista, entregando los obreros al capital, persigue a los revolucionarios y recurre inclusive contra ellos a la policía burguesa. La “astucia” y el “disimulo de la verdad” no son, en este caso, más que los medios de una defensa legítima contra la burocracia reformista y traidora.

El mismo partido de Zenzinov desarrolló, hace años, un trabajo ilegal contra el zarismo y más tarde contra el bolchevismo. En ambos casos, se sirvió de astucias, de estratagemas, de falsos pasaportes y de otras formas de “disimulo de la verdad”. Todos esos medios fueron considerados por él no sólo “éticos”, sino hasta heroicos, puesto que correspondían a los fines políticos de la democracia pequeñoburguesa. La situación, sin embargo, cambia tan pronto como los revolucionarios proletarios se ven obligados a recurrir a medidas conspirativas contra la democracia pequeñoburguesa. ¡La clave de la moral de esos señores —como se ve— tiene carácter de clase!

El “amoralista” Lenin recomienda abiertamente, en la prensa, servirse de astucias de guerra para con los líderes que traicionan a los obreros. El moralista Zenzinov trunca deliberadamente una cita por sus dos extremos,

a fin de engañar a sus lectores: el detractor ético ha sabido ser, como de costumbre, un bribón ruin.

¡No inútilmente gustaba Lenin repetir que es terriblemente difícil encontrar un adversario de buena fe!

El obrero que no oculta al capitalista la “verdad” sobre las intenciones de los huelguistas, es sencillamente un traidor que sólo merece desprecio y boicot. El soldado que comunica la “verdad” al enemigo es castigado como espía. Kerensky mismo intentó con mala fe acusar a los bolcheviques de haber comunicado la “verdad” al Estado Mayor de Ludendorff. Resulta así que la “santa verdad” no es un fin en sí. Por encima de ella, existen criterios más imperativos que, como lo demuestra el análisis, tienen un carácter de clase.

Una lucha a muerte no se concibe sin astucias de guerra; en otras palabras, sin mentiras ni engaños. ¿Pueden los proletarios alemanes no engañar a la policía de Hitler? ¿Los bolcheviques soviéticos obran “amoralmente” engañando a la GPU? Todo burgués honrado aplaude la habilidad del policía que logra atrapar con astucias a un peligroso gángster. ¿Y no va a ser permitida la astucia cuando se trata de derrocar a los gángsteres del imperialismo?

Norman Thomas habla de “esa extraña amoralidad comunista que no toma nada en cuenta, sino su partido y su poder” (Socialist Call, 12 de marzo de 1938). Thomas coloca así en el mismo saco a la Comintern actual, es decir, el complot de la burocracia del Kremlin contra la clase obrera, y al partido bolchevique, que encarnaba el complot de los obreros adelantados contra la burguesía. Hemos refutado arriba, suficientemente, esta identificación enteramente desvergonzada. El estalinismo sólo se disfraza con el culto del partido; en realidad, destruye y pisotea en el cieno el partido mismo. Es verdad, sin embargo, que para el bolchevique el partido lo es todo. Esta actitud del revolucionario para la revolución asombra y choca al socialista de salón, que es sólo un burgués provisto de un “ideal” socialista. A ojos de Norman Thomas y de sus semejantes, el partido es un instrumento momentáneo para combinaciones electorales y demás, y sólo eso. Su vida privada, sus intereses, sus relaciones, sus criterios de moral están fuera del partido. Considera con un asombro hostil al bolchevique, para quien el partido es el instrumento de la transformación revolucionaria de la sociedad, inclusive de la moral de ésta. En el marxista revolucionario no puede existir contradicción entre la moral personal y los intereses del partido, ya que el partido engloba, para la conciencia de aquél, las tareas y

fines más elevados de la humanidad. Sería ingenuo creer que Thomas tiene una noción más alta de la moral que los marxistas. Lo que ocurre es que tiene una idea mucho más ínfima del partido.

“Todo lo que nace es digno de perecer”, dice el dialéctico Goethe. La ruina del partido bolchevique —episodio de la reacción mundial— no disminuye, sin embargo, su importancia en la historia mundial. En la época de su ascenso revolucionario, es decir, cuando representa verdaderamente la vanguardia proletaria, fue el partido más honrado de la historia. Cuando pudo, claro que engañó a las clases enemigas; pero dijo la verdad a los trabajadores, toda la verdad y sólo la verdad. Únicamente gracias a eso fue como conquistó su confianza, más que cualquier otro partido en el mundo.

Los dependientes de las clases dirigentes tratan al constructor de ese partido de “amoral”. A ojos de los obreros conscientes, esta acusación le rinde honor. Significa que Lenin rehusaba reconocer las reglas de moral establecidas por los esclavistas para los esclavos, y nunca observadas por los esclavistas mismos; significa que Lenin incitaba al proletariado a extender la lucha de clases inclusive al dominio de la moral. ¡Quien se incline ante las reglas establecidas por el enemigo no vencerá jamás!

La “amoralidad” de Lenin, es decir, su rechazo a admitir una moral por encima de las clases, no le impidió conservarse durante toda su vida fiel al mismo ideal; darse enteramente a la causa de los oprimidos; dar pruebas de la mayor honradez en la esfera de las ideas y de la mayor intrepidez en la esfera de la acción; no tener la menor suficiencia para con el “sencillo” obrero, con la mujer indefensa y con el niño. ¿No parece que la “amoralidad” sólo es, en este caso, sinónima de una más elevada moral humana?

15. Un episodio edificante

Es conveniente referir aquí un episodio que, aunque de poca importancia en sí, ilustra bastante bien la diferencia entre su moral y la nuestra. En 1935, en cartas a mis amigos belgas, desarrollé la idea de que el intento de un joven partido revolucionario de crear sus “propios” sindicatos equivaldría al suicidio. Es preciso ir a buscar a los obreros en donde estén. Pero, ¿eso significa dar cuotas para el sostenimiento de un aparato oportunista?. Claro, respondí. Para tener derecho a desarrollar un trabajo de zapa contra los reformistas es preciso, provisionalmente, pagarles tributo. Pero, ¿los reformistas nos permitirán desarrollar un trabajo de zapa contra ellos? Claro, respondí. El trabajo de zapa exige medidas conspirativas. Los reformistas son la policía política de la burguesía en el seno de la clase obrera. Es preciso saber obrar sin su autorización, y a pesar de sus prohibiciones... En el curso de una pesquisa practicada por casualidad en casa del camarada D., en relación —si no me equivoco— con un asunto de suministro de armas a los obreros españoles, la policía belga se apoderó de mi carta. Algunos días más tarde fue publicada. La prensa de Vandervelde, de De Man y de Spaak no escaseó las fulminaciones contra mi “maquiavelismo” y mi “jesuitismo”. ¿Y quiénes eran, pues, mis censores? Presidente de la II Internacional durante largos años, Vandervelde se había convertido desde hacía tiempo en el hombre de confianza del capital belga. De Man, quien en una serie de tomos panzudos había tratado de ennoblecer el socialismo, gratificándolo con una moral idealista y aproximándose, a escondidas, a la religión, aprovechó la primera ocasión para engañar a los obreros y convertirse en un ordinario ministro de la burguesía. En cuanto a Spaak, la cosa es todavía más impresionante. Año y medio antes, este caballero se encontraba en la oposición socialista de izquierda y había venido a verme a Francia para consultarme respecto de los métodos de lucha contra la burocracia de Vandervelde. Yo le había expuesto las ideas que más tarde formaron el contenido de mi carta. Un año apenas después de su visita, Spaak renunciaba a las espinas para quedarse con la rosa. Traicionando a sus amigos de la oposición, se convertía en uno de los ministros más cínicos del capital belga. En los sindicatos y en el partido, esos caballeros ahogan cualquier crítica, desmoralizan y corrompen sistemáticamente a los obreros más avanzados y excluyen también sistemáticamente a los indóciles. Se distinguen de la GPU

únicamente por el hecho de no haber recurrido hasta hoy a la efusión de sangre: como buenos patriotas que son, reservan la sangre obrera para la próxima guerra imperialista. Está claro: ¡Es preciso ser un enviado del diablo, un monstruo moral, un “cafre”, un bolchevique para dar a los obreros revolucionarios el consejo de observar las reglas de la conspiración en la lucha contra esos caballeros!

Desde el punto de vista de la legalidad belga, mi carta no contenía, naturalmente, nada criminal. La policía de un país “democrático” se hubiera sentido obligada a restituirla al destinatario, con sus excusas. La prensa del partido socialista hubiera debido protestar contra una pesquisa dictada por el cuidado de los intereses del general Franco. Los señores socialistas no experimentaron, sin embargo, el menor embarazo en sacar partido del servicio indiscreto que les ofrecía la policía: sin lo cual no hubieran gozado de la feliz ocasión de manifestar la superioridad de su moral sobre la amoralidad de los bolcheviques.

Todo es simbólico en este episodio. Los socialdemócratas belgas me abrumaron con su indignación en el momento preciso en que sus camaradas noruegos nos tenían, a mi mujer y a mí, tras la reja, para impedirnos cualquier defensa contra las acusaciones de la GPU. El gobierno noruego sabía perfectamente que las acusaciones de Moscú eran falsas: el órgano oficial de la socialdemocracia lo escribió con todas sus letras desde el primer día. Pero Moscú atacó el bolsillo de los armadores y los comerciantes de pescado noruegos, y los señores socialdemócratas se pusieron inmediatamente a cuatro patas. El jefe del partido, Martín Tranmael, es más que una autoridad en materia moral, es un justo: no bebe ni fuma, es vegetariano y se baña en invierno en agua helada. Eso no le impidió, después de habernos mandado prender, por órdenes de la GPU, invitar, especialmente para calumniarme, al agente noruego de la GPU, Jacob Frus, burgués sin honor ni conciencia. Pero basta...

La moral de esos señores consiste en reglas convencionales y procedimientos oratorios destinados a tapar sus intereses, sus apetitos y sus terrores. En su mayor parte, están dispuestos a todas las bajezas —a la apostasía, a la perfidia, a la traición— por ambición o por lucro. En la esfera sagrada de los intereses personales, el fin justifica, para ellos, todos los medios. Precisamente por eso necesitan un código moral particular, práctico y al mismo tiempo elástico, como unos buenos tirantes. Detestan a quienquiera que revele a las masas su secreto profesional. En tiempo de “paz”, su odio se expresa por medio de calumnias vulgares o “filosóficas”.

Cuando los conflictos sociales se avivan, como en España, esos moralistas, estrechando la mano de la GPU, exterminan a los revolucionarios. Y para justificarse, repiten que “trotskismo y estalinismo son una y la misma cosa”.

16. Interdependencia dialéctica del fin y de los medios

El medio sólo puede ser justificado por el fin. Pero éste, a su vez, debe ser justificado. Desde el punto de vista del marxismo, que expresa los intereses históricos del proletariado, el fin está justificado si conduce al acrecentamiento del poder del hombre sobre la naturaleza y a la abolición del poder del hombre sobre el hombre.

¿Eso significa que para alcanzar tal fin todo esté permitido?, nos preguntará sarcásticamente el filisteo, revelando que no ha comprendido nada. Está permitido, responderemos, todo lo que conduce realmente a la liberación de la humanidad. Y puesto que este fin sólo puede alcanzarse por caminos revolucionarios, la moral emancipadora del proletariado posee indispensablemente un carácter revolucionario. Se opone irreductiblemente no sólo a los dogmas de la religión, sino también a los fetiches idealistas de toda especie, gendarmes filosóficos de la clase dominante. Deduce las reglas de la conducta de las leyes del desarrollo de la humanidad, y, por consiguiente, ante todo de la lucha de clases, ley de leyes.

¿Eso significa, a pesar de todo, que en la lucha de clases contra el capitalismo todos los medios estén permitidos: la mentira, la falsificación, la traición, el asesinato, etc.?, insiste todavía el moralista. Sólo son admisibles y obligatorios, le responderemos, los medios que acrecientan la cohesión revolucionaria del proletariado, inflaman su alma con un odio implacable por la opresión, le enseñan a despreciar la moral oficial y a sus súbditos demócratas, le impregnan con la conciencia de su misión histórica, aumentan su bravura y su abnegación en la lucha. Precisamente de eso se desprende que no todos los medios son permitidos. Cuando decimos que el fin justifica los medios, resulta para nosotros la conclusión de que el gran fin revolucionario rechaza, en cuanto medios, todos los procedimientos y métodos indignos que alzan a una parte de la clase obrera contra las otras; o que intentan hacer la dicha de las demás sin su propio concurso; o que reducen la confianza de las masas en ellas mismas y en su organización, sustituyendo tal cosa por la adoración de los “jefes”. Por encima de todo, irreductiblemente, la moral revolucionaria condena el servilismo para con la burguesía y la altanería para con los trabajadores, es decir, uno de los rasgos

más hondos de la mentalidad de los pedantes y moralistas pequeñoburgueses.

Esos criterios no dicen, naturalmente, lo que es permitido y lo que es inadmisibles en cada caso dado. Semejantes respuestas automáticas no pueden existir. Los problemas de la moral revolucionaria se confunden con los problemas de la estrategia y de la táctica revolucionarias. A la luz de la teoría, la respuesta correcta a esos problemas sólo puede encontrarse en la experiencia viva del movimiento.

El materialismo dialéctico desconoce el dualismo de medios y fines. El fin se deduce naturalmente del movimiento histórico mismo. Los medios están orgánicamente subordinados al fin. El fin inmediato se convierte en medio del fin ulterior. En su drama, Franz von Sickingen, Ferdinand Lassalle pone las palabras siguientes en boca de uno de sus personajes:

No muestres sólo el fin, muestra también la ruta,
Pues el fin y el camino tan unidos se hallan
Que uno en otro se cambian,

Y cada nueva ruta descubre nuevo fin.

Los versos de Lassalle son muy imperfectos. Lo que es peor aún, en la política práctica, Lassalle se separó de la regla enunciada por él; baste recordar que llegó hasta negociaciones secretas con Bismarck.

La interdependencia del fin y de los medios, sin embargo, está expresada, en el caso de los versos reproducidos, de modo enteramente exacto. Es preciso sembrar un grano de trigo para cosechar una espiga de trigo.

¿El terrorismo individual, por ejemplo, es o no admisible, desde el punto de vista de la “moral pura”? En esta forma abstracta, la cuestión, para nosotros, carece de sentido. Los burgueses conservadores suizos, hoy todavía, conceden honores oficiales al terrorista Guillermo Tell. Nosotros simpatizamos enteramente con el bando de los terroristas irlandeses, rusos, polacos, hindúes, en su lucha contra la opresión nacional y política. Kirov, sátrapa brutal, no suscita ninguna compasión. Nos mantenemos neutrales frente a quien lo mató, sólo porque ignoramos los móviles que lo guiaron. Si llegáramos a saber que Nicolaiev hirió conscientemente, para vengar a los obreros cuyos derechos pisoteaba Kirov, nuestras simpatías estarían enteramente al lado del terrorista. Sin embargo, lo que decide para nosotros no son los móviles subjetivos, sino la adecuación objetiva. ¿Ese medio

puede conducir realmente al fin? En el caso del terror individual, la teoría y la experiencia atestiguan que no. Nosotros decimos al terrorista: es imposible remplazar a las masas; sólo dentro de un movimiento de masas podrás emplear útilmente tu heroísmo. Sin embargo, en condiciones de guerra civil, el asesinato de ciertos opresores cesa de ser un acto de terrorismo individual. Si, por ejemplo, un revolucionario hubiese hecho saltar al general Franco y a su Estado Mayor, es dudoso que semejante acto hubiera provocado una indignación moral, aun entre los eunucos de la democracia. En tiempo de guerra civil, un acto de ese género sería hasta políticamente útil. Así, aun en la cuestión más aguda —el asesinato del hombre por el hombre— los absolutos morales resultan enteramente inoperantes. La apreciación moral, lo mismo que la apreciación política, se desprende de las necesidades internas de la lucha.

La emancipación de los trabajadores sólo puede ser obra de los trabajadores mismos. Por eso no hay mayor crimen que engañar a las masas, que hacer pasar las derrotas por victorias, a los amigos por enemigos, que corromper a los jefes, que fabricar leyendas, que montar procesos falsos, en una palabra, que hacer lo que hacen los estalinistas. Esos medios sólo pueden servir un único fin: el de prolongar la dominación de una pandilla, condenada ya por la historia. No pueden servir, sin embargo, para la emancipación de las masas. He ahí por qué la IV Internacional desarrolla contra el estalinismo una lucha a muerte.

Las masas, naturalmente, no carecen de pecado. La idealización de las masas nos es extraña. Las hemos visto en circunstancias variada, en diversas etapas, en medio de los más grandes sacudimientos políticos. Hemos observado su lado fuerte y su lado débil. El fuerte, la decisión, la abnegación, el heroísmo, encontraron siempre su expresión más alta en los períodos de ascenso de la revolución. En aquellos momentos, los bolcheviques estuvieron a la cabeza de las masas. Otro capítulo de la historia se abrió en seguida, cuando se revelaron los lados débiles de los oprimidos: heterogeneidad, falta de cultura, horizontes limitados. Fatigadas, distendidas, desilusionadas, las masas perdieron confianza en ellas mismas y cedieron su sitio a una nueva aristocracia. En este período los bolcheviques (los trotskistas) se hallaron aislados de las masas.

Prácticamente, hemos recorrido dos de esos grandes ciclos históricos: 1897-1905, años de ascenso; 1907-1913, años de reflujo; 1917-1923, años de ascenso, sin precedente en la historia; después, un nuevo período de reacción, que todavía hoy no ha terminado. De esos grandes

acontecimientos, los “trotskistas” han aprendido el ritmo de la historia; en otros términos, la dialéctica de la lucha de clases. Han aprendido y parece, hasta cierto grado, que han acertado a subordinar a ese ritmo objetivo sus planes y sus programas subjetivos. Han aprendido a no desesperar porque las leyes de la historia no dependen de nuestros gustos individuales o no se someten a nuestros criterios morales. Han aprendido a subordinar sus gustos individuales a las leyes de la historia. Han aprendido a no temer ni a los enemigos más poderosos si su poder se halla en contradicción con las necesidades del desenvolvimiento histórico. Saben nadar contra la corriente, con la honda convicción de que el nuevo flujo histórico de poderoso impulso los llevará hasta la orilla. No todos arribarán: muchos se ahogarán. Pero tomar parte en ese movimiento con los ojos abiertos y con la voluntad tensa, ¡sólo eso puede dispensar la satisfacción moral suprema asequible a un ser pensante!

Coyoacán, 16 de febrero de 1938

P.S.— Escribía estas páginas sin saber que durante esos días mi hijo luchaba con la muerte.

Dedico a su memoria este corto trabajo que —así lo espero— habría conseguido su aprobación, porque León Sedov era un revolucionario auténtico y despreciaba a los fariseos.

Apéndice: Moralistas y sicofantes contra el marxismo

Los mercaderes de indulgencias y sus aliados socialistas o el cuchillo en nido ajeno

El folleto *Su Moral y la Nuestra* tiene, cuando menos, el mérito de haber obligado a algunos filisteos y sicofantes a desenmascarse por completo. Los primeros recortes de la prensa francesa y belga que he recibido, así lo atestiguan. La crítica más inteligible, en su género, es la de un periódico católico parisiense, *La Croix*: estas gentes tienen su sistema y no se avergüenzan de defenderlo. Están por la moral absoluta y además por el verdugo Franco: tal es la voluntad de Dios. A su espalda llevan un Pocero celeste que recoge y conduce tras ellos todas sus inmundicias. Nada asombroso es que juzguen indigna la moral de los revolucionarios, que responden por sí mismos. Sin embargo, lo que nos interesa ahora no son los mercaderes profesionales de indulgencias, sino los moralistas que se pasan sin Dios, al mismo tiempo que tratan de ocupar ellos su sitio.

El periódico “socialista” de Bruselas, *Le Peuple* —adónde ha venido a ocultarse la virtud!— no ha encontrado en nuestro pequeño libro más que una receta criminal para crear núcleos secretos, con el más inmoral de los fines: comprometer el prestigio y los ingresos de la burocracia obrera belga. Indudablemente, se puede objetar que esa burocracia está marcada de infamia por traiciones sin número y por estafas públicas (¡recordemos no más la historia del “Banco Obrero”!); que ahoga en la clase obrera cualquier destello de pensamiento crítico; que por su moral práctica no es superior en nada a su aliada política, la jerarquía católica. Pero, en primer lugar, sólo gentes muy mal educadas pueden recordar cosas tan desagradables; en segundo, todos estos caballeros, sean cuales fueren sus pecadillos, tienen en reserva los más elevados principios de moral: Henri de Man se encarga de ello; frente a su ilustre autoridad, nosotros, los bolcheviques, no podemos, evidentemente, alcanzar ninguna indulgencia.

Antes de pasar a los demás moralistas, detengámonos un instante en el prospecto publicado por el editor francés de nuestro pequeño libro. El fin mismo de un prospecto es, ya sea recomendar el libro, ya sea, cuando

menos, exponer objetivamente su contenido. Estamos ante un prospecto de muy distinto género. Baste citar un solo ejemplo:

“Trotsky piensa que su partido, antiguamente en el poder y hoy en la oposición, siempre ha representado el verdadero proletariado, y él mismo, la verdadera moral. Deduce, por ejemplo, esto: fusilar rehenes cobra un significado enteramente distinto, según que la orden sea dada por Stalin o por Trotsky”. Esta cita basta plenamente para forjarse una idea del comentarista, que se ha quedado oculto entre bambalinas. El derecho de velar sobre el prospecto es derecho indiscutible del autor. Pero puesto que en nuestro caso el autor vive del otro lado del océano, algún “amigo”, aprovechando evidentemente la falta de información del editor, se ha deslizado en el nido ajeno y ha depositado allí su huevo, —¡oh!, un huevecillo, sin duda, un huevo casi virginal—. ¿Quién es el autor del prospecto? Víctor Serge, traductor del libro y, al mismo tiempo, su severo censor, puede proporcionar fácilmente la información necesaria. No me asombraría, si se descubriera que el prospecto fue escrito... no por Víctor Serge, claro está, sino por uno de sus discípulos, que imita al maestro tanto en el pensamiento como en el estilo. Pero, después de todo, no será el maestro mismo, es decir, Víctor Serge, en su calidad de “amigo” del autor?

‘¡Moral de hotentote!’

Souvarine y otros sicofantes se han apoderado inmediatamente, claro está, de la frase del prospecto citada arriba, y ésta los dispensa de la necesidad de fatigarse buscando sofismas envenenados. Si Trotsky toma rehenes, está bien; si lo hace Stalin, está mal. Frente a esta “moral de hotentote” no es difícil dar pruebas de noble indignación. Sin embargo, no hay nada más fácil que desenmascarar con el ejemplo más reciente, la vacuidad y la falsía de esta indignación. Víctor Serge ingresó públicamente al POUM, partido catalán que tenía en el frente de guerra su propia milicia. En el frente, ya lo sabemos, se tira y se mata. En consecuencia, puede decirse: “El asesinato adquiere para Víctor Serge un significado completamente diferente, según que la orden haya sido dada por el general Franco o por los jefes del partido de Víctor Serge”. Si nuestro moralista hubiera tratado de captar el sentido de sus propios actos, antes de dar lecciones a los demás, es verosímil que habría dicho, a ese respecto: —Es que los obreros españoles luchaban por libertar el pueblo y las bandas de Franco, por reducirlo a la esclavitud. Serge no podría inventar ninguna otra respuesta. En otras palabras, no hace más

que repetir el argumento de “hotentote”^[1] de Trotsky, en lo que se refiere a los rehenes.

Todavía sobre los rehenes

Sin embargo, es posible, y aun verosímil, que nuestro moralista no quiera decir abiertamente lo que hay, y que trate de escabullirse: —“Matar en el frente es una cosa; pero fusilar rehenes es otra”. Este argumento —lo demostraremos más adelante— es sencillamente estúpido. Pero detengámonos un instante en el terreno escogido por nuestro adversario. ¿El sistema de rehenes, según usted, es inmoral “en sí”? Muy bien, es lo que queríamos saber. Este sistema, sin embargo, se ha practicado en todas las guerras civiles de la historia antigua y moderna. Es evidente que procede de la naturaleza de la guerra civil. De eso sólo se puede sacar la conclusión de que la naturaleza misma de la guerra civil es inmoral. Es el punto de vista del periódico *La Croix*, que piensa que hay que obedecer al poder, porque el poder viene de Dios. ¿Pero, Víctor Serge? Su punto de vista no ha llegado a la madurez. Poner un huevecillo en nido ajeno es una cosa; definir su actitud frente a un complejo problema histórico, es otra muy distinta. Admito íntegramente que gentes de moral tan elevada como Azaña, Caballero, Negrín y compañía hayan estado contra la toma de rehenes del campo fascista: son burgueses de uno y otro que se ha dicho en el libro baste. otro bando, ligados entre sí por lazos de familia, y están seguros de que aun en caso de derrota, no sólo podrán salvarse, sino que, además, tendrán su bistec asegurado. A su modo, tienen razón. Los fascistas tomaron rehenes entre los revolucionarios proletarios, y éstos, por su parte, los tomaron entre la burguesía fascista, pues sabían que los amenazaba la derrota, aún parcial y temporal; a ellos y a sus hermanos de clase.

Víctor Serge no es capaz de decirse a sí mismo qué es lo que quiere exactamente: ¿quiere purificar la guerra civil de la práctica de los rehenes o purificar la historia humana de la guerra civil? El moralista pequeñoburgués piensa de manera episódica, fragmentaria, a pequeños trozos, incapaz como es de captar los fenómenos en su relación interna. Artificialmente aislada, la cuestión de los rehenes es para él un problema moral particular, independiente de las condiciones generales que engendran conflictos armados entre las clases. La guerra civil es la expresión suprema de la lucha de clases. Tratar de subordinarla a “normas” abstractas significa, de hecho, desarmar a los obreros frente a un enemigo armado hasta los dientes. El

moralista pequeñoburgués es hermano menor del pacifista burgués que quiere “humanizar” la guerra, prohibiendo el empleo de gases, el bombardeo de ciudades abiertas, etc. Políticamente, tales programas sólo sirven para que el pensamiento popular se desvíe de la revolución y de considerarla como el único medio de acabar con la guerra.

El miedo de la opinión pública burguesa

Habiéndose embrollado en sus contradicciones, el moralista tratará probablemente de repetir que la lucha “declarada” y “consciente” es una cosa, mientras que apoderarse de personas que no participan en ella, es otra. Este argumento no es, sin embargo, más que una lamentable y estúpida escapatoria. Combatieron en el campo de Franco decenas de millares de hombres engañados y alistados por la fuerza. Las tropas republicanas mataron a estos desdichados prisioneros del general reaccionario. ¿Era esto moral o inmoral? Además, la guerra actual, con la artillería de largo alcance, la aviación, los gases, en fin, con su cortejo de devastaciones, de hambres, de incendios, de epidemias, entraña, inevitablemente, la pérdida de centenas de millares y de millones de seres que no participan directamente en la lucha, entre los cuales se cuentan ancianos y niños. Como rehenes, se toman, por lo menos, personas ligadas por una solidaridad de clase o de familia a un campo determinado o a los jefes de éste. Al tomar rehenes es posible hacer conscientemente una elección. El proyectil lanzado por el cañón o arrojado desde el avión va al azar y puede exterminar, no sólo enemigos, sino también amigos, o padres o hijos de ellos. Entonces, ¿por qué nuestros moralistas aíslan, pues, la cuestión de los rehenes y cierran los ojos ante todo el contenido de la guerra civil? Porque no es valor lo que les sobra. Siendo de “izquierda”, temen romper con la revolución; siendo pequeñoburgueses, temen cortar los puentes con la opinión pública oficial. Gracias a la condenación del sistema de rehenes, se sienten en buena sociedad, contra los bolcheviques. Respecto a España, cobardemente callan. Contra el hecho de que los obreros españoles, anarquistas o poumistas, hayan capturado rehenes, Víctor Serge protestará... dentro de veinte años.

El código moral de la guerra civil

Víctor Serge tiene otro descubrimiento de la misma categoría; helo aquí: la degeneración del bolchevismo comenzó desde el momento en que la Checa tuvo derecho de decidir, a puerta cerrada, de la suerte de los individuos. Serge juega con la noción de revolución, escribe sobre ella poemas, pero no es capaz de comprenderla tal cual es.

La justicia pública sólo es posible dentro de condiciones propias de un régimen estable. La guerra civil constituye una situación de inestabilidad extrema de la sociedad y del Estado. Así como es imposible publicar en la prensa planes de estado mayor, también es imposible revelar, en procesos públicos, las condiciones y circunstancias de los complots, estrechamente ligadas como están con la marcha de la guerra civil. Los tribunales secretos aumentan en extremo la posibilidad de los errores, sin duda. Esto sólo significa, lo reconocemos de buen grado, que las circunstancias de la guerra civil no son favorables para impartir una justicia imparcial. ¿Y qué más?

Propondríamos que se nombrara a V. Serge presidente de una comisión compuesta, por ejemplo, de Marceau Pivert, Souvarine, Waldo Frank, Max Eastman, Magdeleine Paz y otros para elaborar un código moral de la guerra civil. Su carácter general de antemano se adivina. Los dos campos se obligan a no tomar rehenes. Se mantiene en vigor la publicidad de la justicia. Para su correcto funcionamiento, se mantiene, durante la guerra civil, una absoluta libertad de prensa. Como los bombardeos de ciudades lesionan la publicidad de la justicia, la libertad de prensa y la inviolabilidad del individuo, quedan formalmente prohibidos. Por las mismas razones, y por muchas otras más, el empleo de la artillería queda prohibido. Y considerando que fusiles, granadas de mano, y aun las bayonetas ejercen sin duda pernicioso influencia sobre la personalidad, así como sobre la democracia en general, queda prohibido estrictamente el uso de armas blancas o de fuego en la guerra civil.

¡Maravilloso código! ¡Magnífico monumento a la retórica de Víctor Serge y de Magdeleine Paz! Sin embargo, mientras este código no sea aceptado como regla de conducta por todos los opresores y oprimidos, las clases beligerantes se esforzarán por alcanzar la victoria por todos los medios, y los moralistas pequeñoburgueses no harán más que nadar en la confusión entre ambos campos. Subjetivamente, simpatizan con los oprimidos, nadie lo duda. Objetivamente, siguen siendo prisioneros de la moral de la clase dominante, y tratan de imponerla a los oprimidos, en lugar de ayudarlos a elaborar la moral de la insurrección.

Las masas no tienen nada que ver aquí

Víctor Serge ha revelado, de paso, la causa del derrumbe del partido bolchevique: el centralismo excesivo, la desconfianza en la lucha de ideas, la falta de espíritu libertario (en el fondo, anarquista). ¡Más confianza en las masas! ¡Más libertad! Todo ello fuera del tiempo y del espacio. Pero las masas de ningún modo son iguales a sí mismas: hay masas revolucionarias, hay masas pasivas, hay masas reaccionarias. En períodos diferentes, las mismas masas se hallan inspiradas por sentimientos y objetivos diferentes. Precisamente de ello se desprende la necesidad de una organización centralizada de la vanguardia. Sólo el partido, utilizando la autoridad conquistada, es capaz de superar las oscilaciones de la propia masa. Atribuir a ésta rasgos de santidad y reducir su programa a una “democracia” informe es disolverse en la clase tal cual es ella, cambiarse de vanguardia en retaguardia y renunciar así a las tareas revolucionarias. Por otra parte, si la dictadura del proletariado tiene en general un sentido, es precisamente el de armar a la vanguardia de la clase con los recursos del Estado para rechazar toda amenaza, aun aquellas que procedan de las capas atrasadas del proletariado mismo. Todo esto es elemental; todo esto lo ha demostrado la experiencia de Rusia y lo ha confirmado la de España.

El secreto, sin embargo, consiste en que, al reivindicar la libertad “para las masas”, Víctor Serge reivindica de hecho la libertad para sí mismo y para sus semejantes; la libertad de escapar a toda vigilancia, a toda disciplina; inclusive, si esto fuere posible, a toda crítica. Las “masas” no tienen nada que ver aquí. Cuando nuestro “demócrata” se revuelve de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, sembrando la confusión y el escepticismo, le parece que se halla en la realización de una saludable libertad de pensamiento. Pero cuando nosotros, desde el punto de vista marxista, expresamos nuestra apreciación de las vacilaciones del intelectual pequeñoburgués desencantado, le parece que es un atentado contra su personalidad. Se alía entonces con todos los confusionistas para una cruzada contra nuestro despotismo y nuestro sectarismo.

La democracia interior del partido revolucionario no es un fin en sí, tiene que completarse y limitarse con el centralismo. Para el marxista, el problema siempre se plantea así: la democracia, ¿para qué?, ¿para qué programa? De este modo, los cuadros del programa constituyen los cuadros mismos de la democracia. Víctor Serge ha reclamado de la IV Internacional que ésta diese libertad de acción a todos los confusionistas, sectarios, centristas del tipo

del POUM, de Vereecken, de Marceau Pivert; a los burócratas conservadores del género de Sneevliet, o sencillamente a los aventureros del tipo de R. Molinier. Por otra parte, Víctor Serge ayuda sistemáticamente a las organizaciones centristas a expulsar de sus filas a los partidarios de la IV Internacional. Bastante conocemos este democratismo complaciente, acomodaticio, conciliador, cuando mira hacia la derecha y, al mismo tiempo, exigente, malvado y tramposo, cuando mira hacia la izquierda. Representa solamente el régimen de autodefensa del centrismo pequeñoburgués.

La lucha contra el marxismo

Si Víctor Serge abordara seriamente los problemas de la teoría, se sentiría confuso —ya que quiere desempeñar papel de “innovador”— de hacernos regresar a Bernstein, a Struve y a todos los revisionista del siglo pasado, que trataban de injertar el kantismo en el marxismo, es decir, de subordinar la lucha de clases del proletariado a principios colocados por encima de ella. Como el mismo Kant, ellos imaginaban el “imperativo categórico” (la idea del deber) como una norma de moral absoluta, válida para todos. En realidad, se trata del “deber”, respecto de la sociedad burguesa. A su manera, Bernstein, Struve, Vorländer se comportaban seriamente ante la teoría; reclamaban abiertamente el retorno a Kant. Víctor Serge y sus semejantes no sienten la menor obligación para con el pensamiento científico. Se limitan a alusiones, a insinuaciones, en el mejor de los casos, a generalizaciones literarias... Sin embargo, si se va hasta el fondo de su pensamiento, resulta que: se han unido a una vieja causa, malparada desde hace largo tiempo: domar el marxismo con ayuda del kantismo; paralizar la revolución socialista con normas “absolutas” que, de hecho, representan la generalización filosófica de los intereses de la burguesía; no, ciertamente, de la burguesía actual, sino de la burguesía difunta de la época del libre cambio y de la democracia. La burguesía imperialista observa aun menos que su abuela liberal estas normas; pero mira con buenos ojos el que los predicadores pequeñoburgueses introduzcan la confusión, el desorden y la vacilación en las filas del proletariado revolucionario. El fin principal, no solamente de Hitler, sino también de los liberales y de los demócratas es desacreditar el bolchevismo, en los momentos en que su justeza histórica amenaza convertirse en absolutamente evidente para las masas. El bolchevismo, el marxismo —¡He ahí el enemigo!—.

Cuando el “hermano” Víctor Basch, gran sacerdote de la moral democrática, se entregó, ayudado por su “hermano” Rosenmark, a una falsificación para defender los procesos de Moscú, y cuando públicamente fue declarado convicto de falsedad, golpeándose el pecho exclamó: “¿Podría yo acaso ser parcial? Siempre denuncié el terror de Lenin y de Trotsky”. Basch revelaba muy bien el resorte interno de los moralistas de la democracia: algunos de ellos pueden callar respecto de los procesos de Moscú, otros pueden atacarlos, otros, en fin, pueden defenderlos; pero su preocupación común es utilizar esos procesos para condenar la “moral” de Lenin y de Trotsky; es decir, los métodos de la revolución proletaria. En este dominio, todos son hermanos.

El escandaloso prospecto citado antes dice que he expuesto mis ideas sobre la moral, “apoyándome en Lenin”. Esta fórmula indeterminada, repetida en otras gacetillas sobre el libro, puede comprenderse en el sentido de que yo desarrollo los principios teóricos de Lenin. Pero Lenin, por lo que se, nunca escribió de moral. Víctor Serge quiere, de hecho, decir una cosa muy diferente: que mis ideas amorales representan la generalización de la práctica de Lenin, el “amoral”. Quiere desacreditar la personalidad de Lenin con mis juicios, y mis juicios con la personalidad de Lenin. Y sencillamente halaga la tendencia reaccionaria general, enderezada contra el bolchevismo y el marxismo en su conjunto.

El sicofante souvarine

El ex pacifista, el ex comunista, el ex trotskista, el ex demócrata comunista, el ex marxista..., casi el ex Souvarine, ataca la revolución proletaria y a los revolucionarios con una impudicia tanto mayor cuanto menos sabe él lo que quiere. Este individuo gusta y sabe escoger las citas, los documentos, las comas y las comillas, formar expedientes y, además, sabe manejar la pluma. Primero, esperó que este acervo le bastaría para toda la vida; pero bien pronto se vio obligado a convencerse de que además era necesario saber pensar... Su libro sobre Stalin, a pesar de la abundancia de citas y de hechos interesantes, es un auto-testimonio de su propia pobreza. Souvarine no comprende ni lo que es la revolución ni lo que es la contrarrevolución. Aplica al proceso histórico los criterios de un minúsculo razonador, enojado, de una vez por todas, con la humanidad viciosa. La desproporción entre su espíritu crítico y su impotencia creadora lo corroe como un ácido. De ahí, su continua exasperación y su falta de honradez elemental en la

apreciación de ideas, individuos, acontecimientos; todo ello cubierto con un seco moralismo. Como todos los misántropos y los cínicos, Souvarine se siente orgánicamente atraído por la reacción.

¿Ha roto Souvarine abiertamente con el marxismo? Jamás hemos oído decir nada semejante. Prefiere el equívoco: es su elemento natural. “Trotsky —escribe, en su crítica de nuestro libro— se aferra de nuevo a su caballito de batalla de la lucha de clases”. Para el marxista de ayer, la lucha de clases es... el “caballito de batalla de Trotsky”. Nada tiene de asombroso que Souvarine, por su cuenta, prefiera aferrarse al perro muerto de la moral eterna. A la concepción marxista, opone él un “sentimiento de la justicia... no obstante las distinciones de clases”. Es cuando menos consolador saber que nuestra sociedad está fundada sobre el “sentimiento de la justicia”. Durante la próxima guerra, Souvarine irá, sin duda, a exponer su descubrimiento a los soldados en las trincheras; mientras tanto, puede exponerlo a los inválidos de la última guerra, a los desocupados, a los niños abandonados y a las prostitutas. Confesémoslo de antemano: si recibe una paliza, nuestro “sentimiento de la justicia” no estará de su parte...

La nota crítica de este impúdico apologista de la justicia burguesa, “no obstante las distinciones de clases”, se apoya enteramente sobre... el prospecto inspirado por Víctor Serge. Este, a su vez, en todos sus ensayos “teóricos” no va más allá de préstamos híbridos tomados de Souvarine. Pero, después de todo, el último tiene una ventaja: dice hasta el fin lo que Víctor Serge no se atreve todavía a enunciar.

Con una fingida indignación —nada hay en este individuo que sea real— Souvarine escribe que puesto que Trotsky condena la moral de los demócratas, reformistas, estalinistas y anarquistas, hay que deducir que el único representante de la moral es el “partido de Trotsky”, y puesto que este partido “no existe”, en resumidas cuentas, la encarnación de la moral es el propio Trotsky. ¿Cómo no pelar los dientes ante esto? Souvarine imagina, a lo que parece, que sabe distinguir lo que existe de lo que no existe. Esto es muy sencillo cuando se trata de una tortilla de huevos o de un par de tirantes; pero a la escala de proceso histórico, semejante distinción está evidentemente por encima de Souvarine. “Lo que existe”, nace o muere, se desarrolla o se disgrega. Sólo puede comprender lo que existe, quien comprenda sus tendencias internas.

El número de personas que desde el comienzo de la última guerra imperialista ocuparon una posición revolucionaria puede contarse con los dedos. Los diferentes matices de patriotismo se habían apoderado casi

totalmente del terreno de la política oficial. Liebknecht, Luxemburgo, Lenin semejaban impotentes solitarios. Sin embargo, ¿podemos poner en duda que su moral estuviera por encima de la moral servil de la “unión sagrada”? La política revolucionaria de Liebknecht de ningún modo era “individualista”, como le parecía entonces al filisteo patriota medio. Por el contrario, Liebknecht, y sólo él, reflejaba y preanunciaba las hondas tendencias subterráneas de las masas. La marcha posterior de los acontecimientos confirmó enteramente este hecho. No temer ahora una ruptura completa con la opinión pública oficial, a fin de conquistar para sí el derecho de dar mañana expresión a los pensamientos y a los sentimientos de las masas insurgentes, es una forma particular de existencia que se distingue de la existencia empírica del pequeñoburgués rutinario. Bajo las ruinas de la catástrofe que se acerca perecerán todos los partidos de la sociedad capitalista, todos sus moralistas y todos sus sicofantes. El único partido que sobrevivirá es el partido de la revolución socialista mundial, aunque parezca hoy inexistente a los razonadores ciegos, lo mismo que durante la última guerra parecía inexistente el partido de Lenin y de Liebknecht.

Revolucionarios y fomentadores de marasmo

Engels escribía que Marx y él habían permanecido toda su vida en la minoría y que “la habían pasado muy bien en ella”. Los períodos en los que el movimiento de la clase oprimida se eleva hasta el nivel de las tareas generales de la revolución, representan en la historia excepciones rarísimas. Las derrotas de los oprimidos son mucho más frecuentes que sus victorias. Después de cada derrota, viene un largo período de reacción, que echa a los revolucionarios a una situación de cruel aislamiento. Los pseudo-revolucionarios, los “caballeros de una hora” —según expresión del poeta ruso— o traicionan abiertamente en esos períodos la causa de los oprimidos, o se lanzan en busca de una fórmula de salvación que les permita no romper con ninguno de los campos. Encontrar en nuestra época una fórmula de conciliación en el dominio de la economía política o de la sociología es inconcebible: las contradicciones entre las clases han derribado definitivamente las fórmulas de los liberales, que soñaban con “armonía” y las de los reformistas demócratas. Queda el dominio de la religión y de la moral trascendente. Los “socialistas-revolucionarios” rusos tratan ahora de salvar la democracia, mediante una alianza con la Iglesia.

Marceau Pivert reemplaza a la Iglesia con la francmasonería. Víctor Serge —según parece— todavía no ingresa a las logias, pero sin ningún trabajo encuentra el lenguaje común con Pivert contra el marxismo.

Dos clases deciden la suerte de la sociedad contemporánea: la burguesía imperialista y el proletariado. El último recurso de la burguesía es el fascismo, que reemplaza los criterios sociales e históricos por criterios biológicos y zoológicos, para libertarse así de toda limitación en la lucha por la propiedad capitalista. Sólo la revolución socialista puede salvar la civilización. El proletariado necesita toda su fuerza, toda su resolución, toda su audacia, toda su pasión, toda su firmeza para realizar la violenta conmoción. Ante todo, necesita una completa independencia respecto de las ficciones de la religión, de la “democracia” y de la moral trascendente, cadenas espirituales creadas por el enemigo para domesticarlo y reducirlo a la esclavitud. Moral es lo que prepara el derrumbe completo y definitivo de la barbarie imperialista, y nada más. ¡La salud de la revolución es la suprema ley!

Comprender claramente las relaciones recíprocas entre las dos clases fundamentales, burguesía y proletariado, en la época de su lucha a muerte, nos revela el sentido objetivo del papel de los moralistas pequeñoburgueses. Su principal rasgo es su impotencia: impotencia social, dada la degradación económica de la pequeña burguesía; impotencia ideológica, dado el terror del pequeñoburgués ante el monstruoso desencadenamiento de la lucha de clases. De ahí la aspiración del pequeñoburgués, tanto culto como ignorante, de domar la lucha de clases. Si no lo consigue con ayuda de la moral eterna —y no puede lograrlo— la pequeña burguesía se echa en brazos del fascismo, que doma la lucha de clases gracias al mito y al hacha. El moralismo de Víctor Serge y de sus semejantes es un puente de la revolución hacia la reacción. Souvarine ya está del otro lado del puente. La menor concesión a semejantes tendencias es el comienzo de la capitulación ante la reacción. Que esos fomentadores de marasmo ofrezcan reglas de moral a Hitler, a Mussolini, a Chamberlain y a Daladier. A nosotros, nos basta el programa de la revolución proletaria.

Coyoacán, 9 de junio de 1939

Notas

[1] No nos detendremos en la sucia costumbre de tratar con desprecio a los hotentotes, para hacer resplandecer tanto más la moral de los esclavistas blancos. Lo que se ha dicho en el libro baste.

¿Qué es el marxismo?

¿Qué ofrecemos al lector?

Este libro expone de una manera compacta las doctrinas económicas fundamentales de Marx según las propias palabras de Marx. Después de todo nadie ha sido capaz de exponer la teoría del valor del trabajo mejor que el propio Marx^[1].

Algunas de las argumentaciones de Marx, especialmente en el capítulo primero, el más difícil de todos, pueden parecer al lector no iniciado demasiado digresivas, quisquillosas o “metafísicas”. En realidad, esta impresión es una consecuencia de la necesidad o de la costumbre de acercarse ante todo de una manera científica a los fenómenos habituales. La mercancía se ha convertido en una parte tan corriente, tan acostumbrada y tan familiar de nuestra vida diaria que ni siquiera se nos ocurre considerar por qué los hombres ceden objetos importantes, necesarios para el sostenimiento de la vida, a cambio de pequeños discos de oro o de plata que no se utilizan en parte alguna de la tierra. El asunto no se limita a la mercancía. Todas y cada una de las categorías de la economía del mercado parecen ser aceptadas sin análisis, como evidentes por sí mismas, y como si fueran las bases naturales de las relaciones humanas. Sin embargo, mientras las realidades del proceso económico son el trabajo humano, las materias primas, las herramientas, las máquinas, la división del trabajo, la necesidad de distribuir los productos terminados entre los participantes en el proceso del trabajo, etc., las categorías como “mercancía”, “dinero”, “jornales”, “capital”, “beneficio”, “impuesto”, etc., son únicamente reflejos semimísticos en las cabezas de los hombres de los diversos aspectos de un proceso económico que no comprenden y que no pueden dominar. Para descifrarlos es indispensable un análisis científico completo.

En Estados Unidos, donde un hombre que posee un millón de dólares se considera que “vale” un millón de dólares, los conceptos con respecto al mercado han caído mucho más bajo que en cualquier otra parte. Hasta una época muy reciente los norteamericanos se preocuparon muy poco por la naturaleza de las relaciones económicas. En la tierra del sistema económico más poderoso, la teoría económica siguió siendo excesivamente estéril. Únicamente la crisis, cada vez más profunda, de la economía

norteamericana ha hecho que la opinión pública de este país se haya enfrentado bruscamente con los problemas fundamentales de la sociedad capitalista. En cualquier caso, quienquiera que no haya dominado la costumbre de aceptar sin un examen riguroso las reflexiones ideológicas hechas a la ligera sobre el progreso económico, quienquiera que no haya razonado, siguiendo los pasos de Marx, la naturaleza esencial de la mercancía como célula básica del organismo capitalista, estará incapacitado para comprender científicamente las manifestaciones más importantes de nuestra época.

El método de Marx

Habiendo definido la ciencia como el conocimiento de los recursos objetivos de la naturaleza, el hombre ha tratado terca y persistentemente de excluirse a sí mismo de la ciencia, reservándose privilegios especiales en la forma de un pretendido intercambio con fuerzas supersensoriales (religión) o con preceptos morales independientes del tiempo (idealismo). Marx privó al hombre definitivamente y para siempre de esos odiosos privilegios, considerándole como un eslabón natural en el proceso evolutivo de la naturaleza material; a la sociedad como la organización para la producción y la distribución; al capitalismo como una etapa en el desarrollo de la sociedad humana.

La finalidad de Marx no era descubrir las “leyes eternas” de la economía. Negó la existencia de semejantes leyes. La historia del desarrollo de la sociedad humana es la historia de la sucesión de diversos sistemas económicos, cada uno de los cuales actúa de acuerdo con sus propias leyes. La transición de un sistema a otro ha sido determinada siempre por el aumento de las fuerzas de producción, por ejemplo, de la técnica y de la organización del trabajo. Hasta cierto punto, los cambios sociales son de carácter cuantitativo y no alteran las bases de la sociedad, entre ellas, las formas prevalecientes de la propiedad. Pero se alcanza un nuevo punto cuando las fuerzas productoras maduras ya no pueden contenerse más tiempo dentro de las viejas formas de la propiedad; entonces se produce un cambio radical en el orden social, acompañado de conmociones. La comuna primitiva fue reemplazada o complementada por la esclavitud; la esclavitud fue sucedida por la servidumbre con su superestructura feudal; el desarrollo comercial de las ciudades llevó a Europa, en el siglo XVI, al orden capitalista, el que pasó inmediatamente a través de diversas etapas. Marx no

estudia en *El Capital* la economía en general, sino la economía capitalista, que tiene sus leyes específicas propias. Sólo de pasada se refiere a otros sistemas económicos con el objeto de poner en claro las características del capitalismo.

La economía de la familia de agricultores primitiva, que se bastaba a sí misma, no tenía necesidad de la “economía política”, pues estaba dominada, por un lado, por las fuerzas de la naturaleza y, por el otro, por las fuerzas de la tradición. La economía natural de los griegos y romanos, completa en sí misma, fundada en el trabajo de los esclavos, dependía de la voluntad del propietario de los esclavos, cuyo “plan” estaba determinado directamente por las leyes de la naturaleza y de la rutina. Lo mismo puede decirse también del Estado medieval con sus siervos campesinos. En todos estos casos las relaciones económicas eran claras y transparentes en su crudeza primitiva. Pero el caso de la sociedad contemporánea es completamente diferente. Ha destruido esas viejas conexiones completas en sí mismas y esos modos de trabajo heredados. Las nuevas relaciones económicas han relacionado entre sí a las ciudades y las villas, a las provincias y las naciones. La división del trabajo ha abarcado a todo el planeta. Habiendo destrozado la tradición y la rutina, esos lazos no se han compuesto de acuerdo con algún plan definido, sino más bien al margen de la conciencia y de la previsión humanas. La interdependencia de los hombres, los grupos, las clases, las naciones, consecuencia de la división del trabajo, no está dirigida por nadie. Los hombres trabajan los unos para los otros sin conocerse entre sí, sin conocer las necesidades de los demás, con la esperanza, e inclusive con la seguridad, de que sus relaciones se regularizarán de algún modo por sí mismas. Y lo hacen así o, más bien, quisieran hacerlo.

Es completamente imposible buscar las causas de los fenómenos de la sociedad capitalista en la conciencia subjetiva —en las intenciones o planes— de sus miembros. Los fenómenos objetivos del capitalismo fueron formulados antes de que la ciencia comenzara a pensar seriamente sobre ellos. Hasta hoy día la mayoría preponderante de los hombres nada saben acerca de las leyes que rigen a la economía capitalista. Toda la fuerza del método de Marx reside en su acercamiento a los fenómenos económicos, no desde el punto de vista subjetivo de ciertas personas, sino desde el punto de vista objetivo del desarrollo de la sociedad en su conjunto, del mismo modo que un hombre de ciencia que estudia la naturaleza se acerca a una colmena o a un hormiguero.

Para la ciencia económica lo que tiene un significado decisivo es lo que hacen los hombres y cómo lo hacen, no lo que ellos piensan con respecto a sus actos. En la base de la sociedad no se hallan la religión y la moral, sino la naturaleza y el trabajo. El método de Marx es materialista, pues va de la existencia a la conciencia y no en el orden inverso. El método de Marx es dialéctico, pues observa cómo evolucionan la naturaleza y la sociedad y cómo la misma evolución es la lucha constante de las fuerzas en conflicto.

El marxismo y la ciencia oficial

Marx tuvo predecesores. La economía política clásica —Adam Smith, David Ricardo— floreció antes de que el capitalismo se hubiera desarrollado, antes de que comenzara a temer el futuro. Marx rindió a los grandes clásicos el perfecto tributo de su profunda gratitud. Sin embargo, el error básico de los economistas clásicos era que consideraban al capitalismo como la existencia normal de la humanidad en todas las épocas, en vez de considerarlo simplemente como una etapa histórica en el desarrollo de la sociedad. Marx inició la crítica de esa economía política, expuso sus errores así como las contradicciones del mismo capitalismo, y demostró que era inevitable su colapso.

La ciencia no alcanza su meta en el estudio herméticamente sellado del erudito, sino en la sociedad de carne y hueso. Todos los intereses y pasiones que despedazan a la sociedad ejercen su influencia en el desarrollo de la riqueza y de la pobreza. La lucha de los trabajadores contra los capitalistas obligó a los teóricos de la burguesía a volver la espalda al análisis científico del sistema de explotación y a ocuparse en una descripción vacía de los hechos económicos, el estudio del pasado económico y, lo que es inmensamente peor, una falsificación absoluta de las cosas tales como son, con el propósito de justificar el régimen capitalista. La doctrina económica que se ha enseñado hasta el día de hoy en las instituciones oficiales de enseñanza y se ha predicado en la prensa burguesa no está desprovista de materiales importantes relacionados con el trabajo, pero no obstante es completamente incapaz de abarcar el proceso económico en su conjunto y descubrir sus leyes y perspectivas, ni tiene deseo alguno de hacerlo. La economía política oficial ha muerto.

La ley de la valorización del trabajo

En la sociedad contemporánea el vínculo cardinal entre los hombres es el cambio. Todo producto del trabajo que entra en el proceso del cambio se convierte en mercancía. Marx inició su investigación con la mercancía y dedujo de esa célula fundamental de la sociedad capitalista las relaciones sociales que se han constituido objetivamente como la base del cambio, independientemente de la voluntad del hombre. Únicamente si se sigue este camino es posible resolver el enigma fundamental: cómo en la sociedad capitalista, en la cual cada hombre piensa sólo en sí mismo y nadie piensa en los demás, se han creado las proporciones relativas de las diversas ramas de la economía indispensables para la vida.

El obrero vende su fuerza de trabajo, el agricultor lleva su producto al mercado, el prestamista de dinero o el banquero conceden préstamos, el comerciante ofrece un surtido de mercancías, el industrial construye una fábrica, el especulador compra y vende acciones y bonos, y cada uno de ellos tiene en consideración sus propias conveniencias, sus planes privados, su propia opinión sobre los jornales y los beneficios. Sin embargo, de este caos de esfuerzos y de acciones individuales, surge cierto conjunto económico que aunque ciertamente no es armonioso, sino contradictorio, da sin embargo a la sociedad la posibilidad no sólo de existir, sino también de desarrollarse. Esto quiere decir que, después de todo, el caos no es en modo alguno caos, que de algún modo está regulado automáticamente, si no conscientemente. Comprender el mecanismo por el cual los diversos aspectos de la economía llegan a un estado de equilibrio relativo es descubrir las leyes objetivas del capitalismo.

Evidentemente, las leyes que rigen las diversas esferas de la economía capitalista —jornales, precios, arrendamiento, beneficio, interés, crédito, bolsa— son numerosas y complejas. Pero en último término todas proceden de una única ley descubierta por Marx y examinada por él hasta el final: es la ley del valor del trabajo, que es ciertamente la que regula básicamente la economía capitalista. La esencia de esa ley es simple. La sociedad tiene a su disposición cierta reserva de fuerza de trabajo viva. Aplicada a la naturaleza, esa fuerza engendra productos necesarios para la satisfacción de las necesidades humanas. Como consecuencia de la división del trabajo entre los productores individuales, los productos toman la forma de mercancías. Las mercancías se cambian entre sí en una proporción determinada: al principio directamente y más tarde por medio del oro o de la moneda. La propiedad esencial de las mercancías, que en cierta relación las iguala entre sí, es el trabajo humano invertido en ellas —trabajo

abstracto, trabajo en general—, la base y la medida del valor. La división del trabajo entre millones de productores diseminados no lleva a la desintegración de la sociedad, porque las mercancías son intercambiadas de acuerdo con el tiempo de trabajo socialmente necesario invertido en ellas. Mediante la aceptación y el rechazo de las mercancías, el mercado, en su calidad de terreno del cambio, decide si contienen o no contienen en sí mismos el trabajo socialmente necesario, con lo cual determina las proporciones de las diversas clases de mercancías necesarias para la sociedad, y en consecuencia también la distribución de la fuerza de trabajo de acuerdo con las diversas clases de comercio.

Los procesos reales del mercado son inmensamente más complejos que lo que hemos expuesto aquí en pocas líneas. Así, al girar alrededor del valor del trabajo, los precios fluctúan por encima y por debajo de sus valores. Las causas de estas desviaciones están completamente explicadas en el tercer volumen de *El Capital* de Marx, en el que se describe “el proceso de la producción capitalista considerado en su conjunto”. Sin embargo, por grandes que puedan ser las diferencias entre los precios y los valores de las mercancías, en los casos individuales, la suma de todos los precios es igual a la suma de todos los valores, pues en último término únicamente los valores que han sido creados por el trabajo humano se hallan a disposición de la sociedad, y los precios no pueden pasar de estos límites, inclusive si se tiene en cuenta el monopolio de los precios o trust; donde el trabajo no ha creado un valor nuevo, nada puede hacer ni el mismísimo Rockefeller.

Desigualdad y explotación

Pero si las mercancías se intercambian de acuerdo con la cantidad de trabajo invertido en ellas, ¿cómo se deriva la desigualdad de la igualdad? Marx resolvió este enigma exponiendo la naturaleza peculiar de una de las mercancías, que es la base de todas las demás mercancías: la fuerza del trabajo. El propietario de los medios de producción, el capitalista, compra la fuerza de trabajo. Como todas las otras mercancías, la fuerza de trabajo es valorizada de acuerdo con la cantidad de trabajo invertida en ella, esto es de los medios de subsistencia necesarios para la vida y la reproducción del trabajador. Pero el consumo de esta mercancía —fuerza de trabajo— se produce mediante el trabajo, que crea nuevos valores. La cantidad de esos valores es mayor que los que recibe el propio trabajador y gasta en su

conservación. El capitalista compra fuerza de trabajo para explotarla. Esa explotación es la fuente de la desigualdad.

A la parte del producto que contribuye a la subsistencia del trabajador la llama Marx producto necesario; a la parte excedente que produce el trabajador le llama sobreproducto o plusvalía. El esclavo tenía que producir plusvalía, pues de otro modo el dueño de esclavos no los hubiera tenido. El siervo tenía que producir plusvalía, pues de otro modo la servidumbre no hubiera tenido utilidad alguna para la clase media hacendada. El obrero asalariado produce también plusvalía, sólo que en una escala mucho mayor, pues de otro modo el capitalista no tendría necesidad de comprar la fuerza de trabajo. La lucha de clases no es otra cosa que la lucha por la plusvalía. Quien posee la plusvalía es el dueño de la situación, posee la riqueza, posee el poder del Estado, tiene la llave de la Iglesia, de los tribunales, de las ciencias y de las artes.

Competencia y monopolio

Las relaciones entre los capitalistas que explotan a los trabajadores están determinadas por la competencia, que actúa como el resorte principal del progreso capitalista. Las empresas grandes gozan de mayores ventajas técnicas, financieras, de organización, económicas y políticas que las empresas pequeñas. El capital mayor capaz de explotar al mayor número de obreros es inevitablemente el que consigue la victoria en una competencia. Tal es la base inalterable del proceso de concentración y centralización del capital.

Al estimular el desarrollo progresivo de la técnica, la competencia no sólo consume gradualmente a las capas intermediarias, sino que se consume también a sí misma. Sobre los cadáveres de los capitalistas pequeños y medianos surge un número cada vez menor de magnates capitalistas cada vez más poderosos. De este modo, la competencia honesta, democrática y progresiva engendra irrevocablemente el monopolio dañino, parásito y reaccionario. Su predominio comenzó a afirmarse hacia el año 80 del siglo pasado y asumió su forma definida a comienzos del presente siglo. Ahora bien, la victoria del monopolio es reconocida abiertamente por los representantes oficiales de la sociedad burguesa^[2]. Sin embargo, cuando en el curso de su pronóstico Marx fue el primero en deducir que el monopolio es una consecuencia de las tendencias inherentes al capitalismo, el mundo

burgués siguió considerando a la competencia como una ley eterna de la naturaleza.

La eliminación de la competencia por el monopolio señala el comienzo de la desintegración de la sociedad capitalista. La competencia era el principal resorte creador del capitalismo y la justificación histórica del capitalismo. Por lo mismo, la eliminación de la competencia señala la transformación de los accionistas en parásitos sociales. La competencia necesita de ciertas libertades, una atmósfera liberal, un régimen democrático, un cosmopolitismo comercial. El monopolio necesita en cambio un gobierno todo lo más autoritario que sea posible, murallas aduaneras, sus “propias” fuentes de materias primas y mercados (colonias). La última palabra en la desintegración del capital monopolista es el fascismo.

Concentración de la riqueza y aumento de las contradicciones de clase

Los capitalistas y sus defensores tratan por todos los medios de ocultar el alcance real de la concentración de la riqueza a los ojos del pueblo, así como a los ojos del cobrador de impuestos. Desafiando a la evidencia, la prensa burguesa intenta todavía mantener la ilusión de una distribución “democrática” de la inversión del capital. The New York Times, para refutar a los marxistas, señala que haya de tres a cinco millones de patronos individuales. Es cierto que las compañías por acciones representan una concentración de capital mayor que tres a cinco millones de patronos individuales, aunque Estados Unidos cuenta con “medio millón de corporaciones”. Este modo de jugar con las cifras tiene por objeto, no aclarar, sino ocultar la realidad de las cosas.

Desde el comienzo de la guerra hasta 1923 el número de fábricas y factorías existentes en Estados Unidos descendió del 100 al 98,7%, mientras que la masa de producción industrial ascendió del 100 al 156,3%. Durante los años de una prosperidad sensacional (1923-1929), cuando parecía que todo el mundo se hacía rico, el número de establecimientos descendió de 100 a 93,8 mientras la producción ascendió de 100 a 113. Sin embargo, la concentración de establecimientos comerciales, limitada por su voluminoso cuerpo material, está lejos de la concentración de su alma, la propiedad. En 1929 tenían en realidad más de 300.000 corporaciones, como

observa correctamente The New York Times. Lo único que hace falta añadir es que 200 de ellas, es decir el 0,07% del número total, controlaban directamente al 49,2% de los capitales de todas las corporaciones. Cuatro años más tarde el porcentaje había ascendido ya al 56%, en tanto que durante los años de la administración de Roosevelt ha subido indudablemente aún más. Dentro de las principales 200 compañías por acciones el dominio verdadero corresponde a una pequeña minoría^[3].

El mismo proceso puede observarse en la banca y en los sistemas de seguro. Cinco de las mayores compañías de seguros estadounidenses han absorbido no solamente a las otras compañías, sino también a muchos bancos. El número total de bancos se ha reducido, principalmente en la forma de las llamadas “combinaciones”, esencialmente por medio de la absorción. Este cambio se extiende rápidamente. Por encima de los bancos se eleva la oligarquía de los superbancos. El capital bancario se combina con el capital industrial en el supercapital financiero. Suponiendo que la concentración de la industria y de los bancos se produzca en la misma proporción que durante el último cuarto de siglo —en realidad el tempo de concentración va en aumento— en el curso del próximo cuarto de siglo los monopolistas habrán concentrado en sí mismos toda la economía del país sin dejar nada a los demás.

Hemos aducido a las estadísticas de Estados Unidos porque son más exactas y más sorprendentes. El proceso de concentración es esencialmente de carácter internacional. A través de las diversas etapas del capitalismo, a través de las fases de los ciclos de conexión, a través de todos los regímenes políticos, a través de los períodos de paz tanto como de los períodos de conflictos armados, el proceso de concentración de todas las grandes fortunas en un número de manos cada vez menor ha seguido adelante y continuará sin término. Durante los años de la Gran Guerra, cuando las naciones estaban heridas de muerte, cuando los mismos cuerpos políticos de la burguesía yacían aplastados bajo el peso de las deudas nacionales, cuando los sistemas fiscales rodaban hacia el abismo, arrastrando tras sí a las clases medias, los monopolistas obtenían provechos sin precedentes con la sangre y el barro. Las compañías más poderosas de Estados Unidos aumentaron sus beneficios durante los años de la guerra dos, tres y hasta cuatro veces y aumentaron sus dividendos hasta el 300, el 400, el 900% y aún más.

En 1840, ocho años antes de la publicación por Marx y Engels de El Manifiesto Comunista, el famoso escritor francés Alexis de Tocqueville

escribió en su libro *La Democracia en América*: “La gran riqueza tiende a desaparecer y el número de pequeñas fortunas a aumentar”. Este pensamiento ha sido reiterado innumerables veces, al principio con referencia a Estados Unidos y luego con referencia a las otras jóvenes democracias: Australia y Nueva Zelanda. Por supuesto, la opinión de Tocqueville ya era errónea en su época. Aún más, la verdadera concentración de la riqueza comenzó únicamente después de la guerra civil norteamericana, en la víspera de la muerte de Tocqueville. A comienzos del presente siglo el 2% de la población de Estados Unidos poseía ya más de la mitad de toda la riqueza del país; en 1929 ese mismo 2% poseía los tres quintos de la riqueza nacional. Al mismo tiempo, 36.000 familias ricas poseían una renta tan grande como once millones de familias de la clase media y pobre. Durante la crisis de 1929-1933 los establecimientos monopolistas no tenían necesidad de apelar a la caridad pública; por el contrario, se hicieron más poderosos que nunca en medio de la declinación general de la economía nacional. Durante la subsiguiente reacción industrial raquíca producida por la levadura del New Deal los monopolistas consiguieron nuevos beneficios. El número de los desocupados disminuyó en el mejor caso de veinte millones a diez millones; al mismo tiempo la capa superior de la sociedad capitalista —no más de 6.000 adultos— reunió dividendos fantásticos; esto es lo que subsecretario de Justicia Robert H. Jackson demostró con cifras durante su declaración ante la correspondiente comisión investigadora estadounidense^[4].

¿Se ha hecho anticuada la teoría de Marx?

Las cuestiones de la competencia, de la concentración de la riqueza y del monopolio llevan naturalmente a la cuestión de si en nuestra época la teoría económica de Marx no tiene más que un simple interés histórico —como, por ejemplo, la teoría de Adam Smith— o si sigue teniendo verdadera importancia. El criterio para responder a esta pregunta es simple: si la teoría estima correctamente el curso de la evolución y prevé el futuro mejor que las otras teorías, sigue siendo la teoría más adelantada de nuestra época, aunque tenga ya muchos años de edad.

El famoso economista alemán Werner Sombart, que era virtualmente un marxista al comienzo de su carrera, pero que luego revisó todos los aspectos más revolucionarios de la doctrina de Marx, contradujo *El Capital* de Marx con su *Capitalismo*, que probablemente es la exposición

apologética más conocida de la economía burguesa en los tiempos recientes. Sombart escribió: “Karl Marx profetizó: primero, la miseria creciente de los trabajadores asalariados; segundo, la “concentración” general, con la desaparición de la clase de artesanos y labradores; tercero, el colapso catastrófico del capitalismo. Nada de esto ha ocurrido”.

A esos pronósticos equivocados Sombart contraponen sus propios pronósticos “estrictamente científicos”. “El capitalismo subsistirá —según él— para transformarse internamente en la misma dirección en que ha comenzado ya a transformarse en la época de su apogeo: según se va haciendo viejo se va haciendo más y más tranquilo, sosegado, razonable”. Tratemos de verificar, aunque no sea más que en sus líneas generales, quién de los dos está en lo cierto: Marx, con su propósito de la catástrofe, o Sombart, quien en nombre de toda economía burguesa prometió que las cosas se arreglarían de una manera “tranquila, sosegada y razonable”. El lector convendrá en que el asunto es digno de estudio.

a. La teoría de la miseria creciente

“La acumulación de la riqueza en un polo —escribió Marx sesenta años antes que Sombart— es, en consecuencia, al mismo tiempo acumulación de miseria, sufrimiento en el trabajo, esclavitud, ignorancia, brutalidad, degradación mental en el polo opuesto, es decir en el lado de la clase que produce su producto en la forma de capital”. Esa tesis de Marx, bajo el nombre de “Teoría de la miseria creciente”, ha sido sometida a ataques constantes por parte de los reformadores democráticos y socialdemócratas, especialmente durante el período de 1896 a 1914, cuando el capitalismo se desarrolló rápidamente e hizo ciertas concesiones a los trabajadores, especialmente a su estrato superior. Después de la Guerra Mundial, cuando la burguesía, asustada por sus propios crímenes y la Revolución de Octubre, tomó el camino de las reformas sociales anunciadas, el valor de las cuales fue anulado simultáneamente por la inflación y la desocupación, la teoría de la transformación progresiva de la sociedad capitalista pareció completamente asegurada a los reformistas y a los profesores burgueses. “La compra de fuerza de trabajo asalariada —nos asegura Sombart en 1928 — ha crecido en proporción directa a la expansión de la producción capitalista”.

En realidad, la contradicción económica entre el proletariado y la burguesía fue agravada durante los períodos más prósperos del desarrollo

capitalista, cuando el ascenso del nivel de vida de cierta capa de trabajadores, el cual a veces era más bien extensivo, ocultó la disminución de la participación del proletariado en la fortuna nacional. De este modo, precisamente antes de caer en la postración, la producción industrial de Estados Unidos, por ejemplo, aumentó en un 50% entre 1920 y 1930, en tanto que la suma pagada por salarios aumentó únicamente en un 30%, lo que significa una tremenda disminución de la participación del trabajo en las rentas nacionales. En 1930 se inició un terrible aumento de la desocupación, y en 1933 una ayuda más o menos sistemática a los desocupados, quienes recibieron en la forma de alivio apenas más de la mitad de lo que habían perdido en la forma de salarios. La alusión del progreso “ininterrumpido” de todas las clases se ha desvanecido sin dejar rastro. La declinación relativa del nivel de vida de las masas ha sido superada por la declinación absoluta. Los trabajadores comenzaron por economizar en sus modestas diversiones, luego en sus vestidos y finalmente en sus alimentos. Los artículos y productos de calidad media han sido sustituidos por los de calidad mediocre y los de calidad mediocre por los de calidad francamente mala. Los sindicatos comenzaron a parecerse al hombre que cuelga desesperadamente del pasamanos mientras desciende vertiginosamente en un ascensor.

Con el 6% de la población mundial, Estados Unidos posee el 40% de la riqueza mundial. Además, un tercio de la nación, como lo admite el propio Roosevelt, está mal nutrido, vestido inadecuadamente y vive en condiciones inferiores a las humanas.

¿Qué se podría decir, pues, de los países mucho menos privilegiados? La historia del mundo capitalista desde la última guerra confirma de una manera irrefutable la llamada “teoría de la miseria creciente”.

El régimen fascista, el cual reduce simplemente al máximo los límites de la decadencia y de la reacción inherentes a todo capitalismo imperialista, se hizo indispensable cuando la degeneración del capitalismo hizo desaparecer toda posibilidad de mantener ilusiones con respecto a la elevación del nivel de vida del proletariado. La dictadura fascista significa el abierto reconocimiento de la tendencia al empobrecimiento, que todavía tratan de ocultar las democracias imperialistas más ricas. Mussolini y Hitler persiguen al marxismo con tanto odio, precisamente, porque su propio régimen es la confirmación más horrible de los pronósticos marxistas. El mundo civilizado se indignó, o pretendió indignarse, cuando Goering, con el tono de verdugo y de bufón que le es peculiar, declaró que los cañones son más

importantes que la manteca, o cuando Cagliostro-Casanova-Mussolini advirtió a los trabajadores de Italia que debían apretarse los cinturones de sus camisas negras. ¿Pero acaso no ocurre substancialmente lo mismo en las democracias imperialistas? En todas partes se utiliza la manteca para engrasar los cañones. Los trabajadores de Francia, Inglaterra y Estados Unidos aprenden a estrechar sus cinturones sin tener camisas negras.

b. el ejército de reserva y la nueva subclase de los desocupados

El ejército de reserva industrial forma una parte componente indispensable del mecanismo social del capitalismo, tanto como la reserva de máquinas y de materias primas en las fábricas o de productos manufacturados en los almacenes. Ni la expansión general de la producción ni la adaptación del capital a la marea periódica del ciclo industrial serían posibles sin una reserva de fuerza de trabajo. De la tendencia general de la evolución capitalista —el aumento del capital constante (máquinas y materias primas) a expensas del capital variable (fuerza de trabajo)— Marx saca esta conclusión: “Cuanto mayor es la riqueza social... tanto mayor es el ejército industrial de reserva... Cuanto mayor es la masa de sobrepoblación consolidada... tanto mayor es la pobreza oficial. Esta es la ley general absoluta de la acumulación capitalista”.

Esta tesis —unida indisolublemente con la “teoría de la miseria creciente” y denunciada durante muchos años como “exagerada”, “tendenciosa” y “demagógica”— se ha convertido ahora en la imagen teórica irreprochable de las cosas tales como son. El actual ejército de desocupados ya no puede ser considerado como un “ejército de reserva”, pues su masa fundamental no puede tener ya esperanza alguna de volver a ocuparse; por el contrario, está destinada a ser engrosada con una afluencia constante de desocupados adicionales. La desintegración del capital ha traído consigo toda una generación de jóvenes que nunca han tenido un empleo y que no tienen esperanza alguna de conseguirlo. Esta nueva subclase entre el proletariado y el semiproletariado está obligada a vivir a expensas de la sociedad. Se ha calculado que en el curso de nueve años (1930- 1938) la desocupación ha privado a la economía estadounidense de más de 43 millones de años de trabajo humano. Si se considera que en 1929, en el cenit de la prosperidad, había dos millones de desocupados en

Estados Unidos y que durante esos nueve años el número de trabajadores potenciales ha aumentado hasta cinco millones, el número total de años de trabajo humano perdido debe ser incomparablemente mayor. Un régimen social afectado por semejante plaga se halla enfermo de muerte. La diagnosis exacta de esa enfermedad fue hecha hace cerca de ochenta años, cuando la enfermedad misma se hallaba en germen.

c. la decadencia de las clases medias

Las cifras que demuestran la concentración del capital indican al mismo tiempo que la gravitación específica de la clase media en la producción y su participación en la riqueza nacional han ido decayendo constantemente, en tanto que las pequeñas propiedades han sido completamente absorbidas y reducidas de grado y desprovistas de su independencia, convirtiéndose en un mero símbolo de un trabajo insoportable y de una necesidad desesperada. Al mismo tiempo, es cierto, el desarrollo del capitalismo ha estimulado considerablemente un aumento en el ejército de técnicos, directores, empleados, abogados, médicos: en una palabra, la llamada “nueva clase media”. Pero este estrato, cuya existencia no tenía ya misterios para Marx, tiene poco que ver con la vieja clase media, que en la propiedad de sus medios de producción tenía una garantía tangible de independencia económica. La “nueva clase media” depende más directamente de los capitalistas que los trabajadores. Es cierto que la clase media es en gran parte la que señala su tarea. Además se ha advertido en ella una considerable sobreproducción, con su consecuencia: la degradación social.

“La información estadística segura —afirma una persona tan alejada del marxismo como el ya citado Mr. Homer S. Commings— demuestra que muchas unidades industriales han desaparecido completamente y que lo que ha ocurrido es una eliminación progresiva de los pequeños hombres de negocios como un factor en la vida norteamericana”. Pero según objeta Sombart, “la concentración general, con la desaparición de la clase de artesanos y labradores” no se ha producido todavía. Como todo teórico, Marx comenzó por aislar las tendencias fundamentales en su forma pura; de otro modo hubiera sido completamente imposible comprender el destino de la sociedad capitalista. El propio Marx era, sin embargo, perfectamente capaz de examinar el fenómeno de la vida a la luz del análisis concreto, como un producto de la concatenación de diversos factores históricos. Las leyes de Newton no han sido invalidadas seguramente por el

hecho de que la velocidad en la caída de los cuerpos varía bajo condiciones diferentes o de que las órbitas de los planetas están sujetas a perturbaciones.

Para comprender la llamada “tenacidad” de las clases medias es bueno recordar que las dos tendencias, la ruina de las clases medias y la transformación de esas clases arruinadas en proletarios, no se producen al mismo ritmo ni con la misma extensión. De la creciente preponderancia de la máquina sobre la fuerza de trabajo se sigue que cuanto más lejos va el proceso de arruinamiento de las clases medias tanto más atrás deja al proceso de su proletarización; en realidad, en una determinada oportunidad, el último puede cesar enteramente e incluso retroceder.

Así como la actuación de las leyes fisiológicas produce resultados diferentes en un organismo en crecimiento que en uno en declinación, así también las leyes económicas de la economía marxista actúan de manera distinta en un capitalismo en desarrollo que en un capitalismo en desintegración. Esta diferencia queda patente con especial claridad en las relaciones mutuas entre la ciudad y el campo. La población rural estadounidense, que crece comparativamente a una velocidad menor que el total de la población, siguió creciendo en cifras absolutas hasta 1910, fecha en que llegó a más de 32 millones. Durante los veinte años siguientes, a pesar del rápido aumento de la población total, la del campo bajó a 30,4 millones, es decir, 1,6 millones. Pero en 1935 se elevó otra vez a 32,8 millones, con un aumento en comparación con 1930 de 2,4 millones. Esta vuelta de la rueda, sorprendente a primera vista, no refuta en lo más mínimo la tendencia de la población urbana a crecer a expensas de la población rural, ni la tendencia de las clases medias a ser atomizadas, mientras que al mismo tiempo demuestra, de la manera más categórica, la desintegración del sistema capitalista en su conjunto. El aumento de la población rural durante el período de crisis aguda de 1930-1935 se explica sencillamente por el hecho de que poco menos de dos millones de pobladores urbanos, o, hablando con más exactitud, dos millones de desocupados hambrientos, se trasladaron al campo, a tierras abandonadas por los labradores o a granjas de sus parientes y amigos, con objeto de emplear su fuerza de trabajo, rechazada por la sociedad, en la economía natural productiva y poder vivir una existencia semihambrienta en vez de morir totalmente de hambre.

De aquí se deduce que no se trata de una cuestión de estabilidad de los labradores, artesanos y comerciantes, sino más bien de la abyecta desesperación de su situación. Lejos de constituir una garantía para el

futuro, la clase media es una reliquia infortunada y trágica del pasado. Incapaz de suprimirla por completo, el capitalismo se las ha arreglado para reducirla al mayor grado de degradación y de miseria. Al labrador se le niega no sólo la renta que se le debe por su lote de terreno y el beneficio del capital que ha invertido en él, sino también una buena porción de su salario. De una manera similar, la pobre gente que reside en la ciudad se inquieta en el reducido espacio que se le concede entre la vida económica y la muerte. La clase media no se proletariza únicamente porque se depauperara. A este respecto es tan difícil encontrar un argumento contra Marx como en favor del capitalismo.

d. la crisis industrial

El final del siglo pasado y el comienzo del presente se han caracterizado por un progreso tan abrumador debido al capitalismo, que las crisis cíclicas parecían no ser más que molestias “accidentales”. Durante los años de optimismo capitalista casi universal los críticos de Marx nos aseguraban que el desarrollo nacional e internacional de los trusts, sindicatos y carteles introducía en el mercado una organización bien planeada y presagiaba el triunfo final sobre la crisis. Según Sombart, las crisis habían sido ya “abolidas” antes de la guerra por el mecanismo del propio capitalismo, de tal modo que “el problema de las crisis nos deja hoy día virtualmente indiferentes”. Ahora bien, solamente diez años más tarde, esas palabras sonaban a burla, en tanto que el pronóstico de Marx se nos aparece hoy en día en toda la medida de su trágica fuerza lógica.

Es notable que la prensa capitalista, que pretende negar a medias la existencia de los monopolios, parta de la afirmación de esos mismos monopolios para negar a medias la anarquía capitalista. Si sesenta familias dirigen la vida económica de Estados Unidos, *The New York Times* observa irónicamente: “Esto demostraría que el capitalismo norteamericano, lejos de ser anárquico y sin plan alguno, se halla organizado con gran precisión”. Este argumento yerra el blanco. El capitalismo ha sido incapaz de desarrollar una sola de sus tendencias hasta el fin. Así como la concentración de la riqueza no suprime a la clase media, así tampoco suprime el monopolio a la competencia, pues sólo la derriba y la destroza. Ni el “plan” de cada una de las sesenta familias ni las diversas variantes de esos planes se hallan integrados en lo más mínimo en la coordinación de las diferentes ramas de la economía, sino más bien en el aumento de los

beneficios de su camarilla monopolista a expensas de otras camarillas y a expensas de toda la nación. En último término, el entrecruzamiento de semejantes planes no hace más que profundizar la anarquía en la economía nacional.

La crisis de 1929 se produjo en Estados Unidos un año después de haber declarado Sombart la completa indiferencia de “ciencia” con respecto al problema de la crisis. Desde la cumbre de una prosperidad sin precedente, la economía estadounidense fue lanzada al abismo de una postración monstruosa. ¡Nadie podía haber concebido en la época de Marx convulsiones de tal magnitud! La renta nacional estadounidense se había elevado por primera vez en 1920 a sesenta y nueve mil millones de dólares únicamente para caer el año siguiente a cincuenta mil millones de dólares, es decir, un descenso del 27%. Como consecuencia de la prosperidad de los pocos años siguientes, la renta nacional se elevó de nuevo, en 1929, a su punto máximo de ochenta y un mil millones de dólares, para descender en 1932 a cuarenta mil millones de dólares, es decir a menos de la mitad. Durante los nueve años de 1930 a 1938 se perdieron, aproximadamente, cuarenta y tres millones de años humanos de trabajo y ciento treinta y tres mil millones de dólares de la renta nacional, teniendo en cuenta las normas de trabajo y las rentas de 1929, época en que solamente había dos millones de desocupados. Si todo esto no es anarquía, ¿cuál puede ser el significado de esa palabra?

e. la teoría del colapso

Las inteligencias y los corazones de los intelectuales de la clase media y de los burócratas de los sindicatos estuvieron casi completamente dominados por las hazañas logradas por el capitalismo entre la época de la muerte de Marx y el comienzo de la Guerra Mundial. La idea del progreso gradual (evolución) parecía haberse asegurado para siempre, en tanto que la idea de revolución era considerada como una mera reliquia de la barbarie. El pronóstico de Marx era contrastado con el pronóstico cualitativamente contrario sobre la distribución mejor equilibrada de la fortuna nacional con la suavización de las contradicciones de clase, y con la reforma gradual de la sociedad capitalista. Jean Jaurés, el mejor dotado de los socialdemócratas de esa época clásica, esperaba ajustar gradualmente la democracia política a la satisfacción de las necesidades sociales. En eso reside la esencia del reformismo.

¿Qué ha salido de ello?

La vida del capitalismo monopolista de nuestra época es una cadena de crisis. Cada una de las crisis es una catástrofe. La necesidad de salvarse de esas catástrofes parciales por medio de murallas aduaneras, de la inflación, del aumento de los gastos del gobierno y de las deudas, prepara el terreno para otras crisis más profundas y más extensas. La lucha por conseguir mercados, materias primas y colonias hace inevitables las catástrofes militares. Y todo ello prepara las catástrofes revolucionarias. Ciertamente no es fácil convenir con Sombart en que el capitalismo actuante se hace cada vez más “tranquilo, sosegado y razonable”. Sería más acertado decir que está perdiendo sus últimos vestigios de razón. En cualquier caso no hay duda de que la “teoría del colapso” ha triunfado sobre la teoría del desarrollo pacífico.

La decadencia del capitalismo

Por costoso que haya sido el dominio del mercado para la sociedad, hasta cierta etapa, aproximadamente hasta la Guerra Mundial, la humanidad creció, se desarrolló y se enriqueció a través de las crisis parciales y generales. La propiedad privada de los medios de producción siguió siendo en esa época un factor relativamente progresista. Pero ahora el dominio ciego de la ley del valor se niega a prestar más servicios. El progreso humano se ha detenido en un callejón sin salida. A pesar de los últimos triunfos del pensamiento técnico, las fuerzas productoras naturales ya no aumentan. El síntoma más claro de la decadencia es el estancamiento mundial de la industria de la construcción, como consecuencia de la paralización de nuevas inversiones en las ramas básicas de la economía. Los capitalistas ya no son sencillamente capaces de creer en el futuro de su propio sistema. Las construcciones estimuladas por el gobierno significan un aumento en los impuestos y la contracción de la renta nacional “sin trabas”, especialmente desde que la parte principal de las nuevas construcciones del gobierno está destinada directamente a objetivos bélicos.

El marasmo ha adquirido un carácter particularmente degradante en la esfera más antigua de la actividad humana, en la más estrechamente relacionada con las necesidades vitales del hombre: la agricultura. No satisfechos ya con los obstáculos que la propiedad privada, en su forma más reaccionaria, la de los pequeños terratenientes, opone al desarrollo de la agricultura, los gobiernos capitalistas se ven obligados con frecuencia a

limitar la producción artificialmente con la ayuda de medidas legislativas y administrativas que hubieran asustado a los artesanos de los gremios en la época de su decadencia. Deberá ser recordado por la historia que los gobiernos de los países capitalistas más poderosos concedieron premios a los agricultores para que redujeran sus plantaciones, es decir, para disminuir artificialmente la renta nacional ya en disminución. Los resultados son evidentes por sí mismos: a pesar de las grandiosas posibilidades de producción, aseguradas por la experiencia y la ciencia, la economía agraria no sale de una crisis putrescente, mientras que el número de hambrientos, la mayoría predominante de la humanidad, sigue creciendo con mayor rapidez que la población de nuestro planeta. Los conservadores consideran que se trata de una buena política para defender el orden social que ha descendido a una locura tan destructiva y condenan la lucha del socialismo contra semejante locura como una utopía destructiva.

El fascismo y el ‘new deal’

Hoy día hay dos sistemas que rivalizan en el mundo para salvar al capital históricamente condenado a muerte: son el fascismo y el New Deal (Nuevo Pacto). El fascismo basa su programa en la demolición de las organizaciones obreras, en la destrucción de las reformas sociales y en el aniquilamiento completo de los derechos democráticos, con objeto de impedir la resurrección de la lucha de clases del proletariado. El Estado fascista legaliza oficialmente la degradación de los trabajadores y el empobrecimiento de las clases medias en nombre de la salvación de la “nación” y de la “raza”, nombres presuntuosos para designar al capitalismo en decadencia.

La política del New Deal, que trata de salvar a la democracia imperialista por medio de regalos a los trabajadores y a la aristocracia rural, sólo es accesible en su gran amplitud a las naciones verdaderamente ricas, y en tal sentido es una política norteamericana por excelencia. El gobierno norteamericano ha tratado de obtener una parte de los gastos de esa política de los bolsillos de los monopolistas, exhortándoles a aumentar los salarios, a disminuir la jornada de trabajo, a aumentar la potencialidad de compra de la población y a extender la producción. León Blum intentó trasladar ese sermón a Francia, pero en vano. El capitalista francés, como el norteamericano, no produce por producir, sino para obtener beneficios. Se halla siempre dispuesto a limitar la producción, e inclusive a destruir los

productos manufacturados, si como consecuencia de ello aumenta su parte en la renta nacional.

El programa del New Deal muestra su mayor inconsistencia en el hecho de que, mientras predica sermones a los magnates del capital sobre las ventajas de la abundancia sobre la escasez, el gobierno concede premios para reducir la producción. ¿Es posible una confusión mayor? El gobierno refuta a sus críticos con este desafío: ¿Podéis hacerlo mejor? Todo esto significa que en la base del capitalismo ya no hay esperanza alguna.

Desde 1933, es decir en el curso de los últimos seis años, el gobierno federal, los diversos Estados y las municipalidades de Estados Unidos han entregado a los desocupados cerca de 15.000 millones de dólares como ayuda, cantidad completamente insuficiente por sí misma y que sólo representa una pequeña parte de la pérdida de salarios, pero al mismo tiempo, teniendo en cuenta la renta nacional en decadencia, una cantidad colosal. Durante 1938, que fue un año de relativa reacción económica, la deuda nacional estadounidense aumentó en 2.000 millones de dólares, y como ya ascendía a 38.000 millones de dólares, llegó a ser superior en 12.000 millones de dólares a la mayor del final de la guerra. En 1939 pasó muy pronto de los 40.000 millones de dólares. ¿Y entonces, qué? La deuda nacional creciente es, por supuesto, una carga para la posteridad. Pero el mismo New Deal sólo era posible gracias a la tremenda riqueza acumulada por las pasadas generaciones. Únicamente una nación muy rica puede llevar a cabo una política económica tan extravagante. Pero ni siquiera esa nación puede seguir viviendo indefinidamente a expensas de las generaciones anteriores.

La política del New Deal, con sus éxitos ficticios y su aumento real de la deuda nacional, tiene que culminar necesariamente en una feroz reacción capitalista y en una explosión devastadora del capitalismo. En otras palabras, marcha por los mismos canales que la política del fascismo.

¿Anomalía o norma?

El secretario de Interior de Estados Unidos, Mr. Harold L. Ickes, considera como “una de las más extrañas anomalías en toda la historia” que Estados Unidos, democrático en la forma, sea autocrático en sustancia: “América, la tierra de la mayoría fue dirigida, por lo menos hasta 1933 (!) por los monopolios, que a su vez son dirigidos por un pequeño número de

accionistas”. La diagnosis es correcta, con la excepción de la insinuación de que con el advenimiento de Roosevelt ha cesado o se ha debilitado el gobierno del monopolio. Sin embargo, lo que Ickes llama “una de las más extrañas anomalías de la historia” es en realidad la norma incuestionable del capitalismo. La dominación del débil por el fuerte, de los muchos por los pocos, de los trabajadores por los explotadores es una ley básica de la democracia burguesa. Lo que distingue a Estados Unidos de los otros países es simplemente el mayor alcance y la mayor perversidad de las contradicciones de su capitalismo. La carencia de un pasado feudal, la riqueza de recursos naturales, un pueblo enérgico y emprendedor, todos los prerequisites que auguraban un desarrollo ininterrumpido de la democracia, han traído como consecuencia una concentración fantástica de la riqueza.

Con la promesa de emprender la lucha contra los monopolios hasta triunfar sobre ellos, Ickes se vuelve temerariamente hacia Thomas Jefferson, Andrew Jackson, Abraham Lincoln, Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson como predecesores de Franklin D. Roosevelt. “Prácticamente todas nuestras más grandes figuras históricas —dijo el 30 de diciembre de 1937— son famosas por su lucha persistente y animosa para impedir la superconcentración de la riqueza y el poder en unas pocas manos”. Pero de sus mismas palabras se deduce que el fruto de esa “lucha persistente y animosa” es el dominio completo de la democracia por la plutocracia.

Por alguna razón inexplicable Ickes piensa que la victoria está asegurada en la actualidad con tal de que el pueblo comprenda que la lucha no es “entre el New Deal y el término medio de los hombres de negocios cultos, sino entre el New Deal y los “Borbones” de las sesenta familias que han mantenido al resto de los hombres de negocios estadounidenses bajo el terror de su dominio”. Este orador autorizado no nos explica cómo se arreglaron los “Borbones” para subyugar a todos los hombres de negocios cultos a pesar de la democracia y de los esfuerzos de las “más grandes figuras históricas”. Los Rockefeller, los Morgan, los Mellon, los Vanderbilt, los Guggenheim, los Ford y compañía no invadieron Estados Unidos desde afuera, como Cortés invadió México; nacieron orgánicamente del pueblo, o más precisamente de la clase de los “industriales y hombres de negocios cultos”, y se convirtieron, de acuerdo con el pronóstico de Marx, en la cumbre natural del capitalismo. Desde el momento en que una democracia joven y fuerte en el apogeo de su vitalidad era incapaz de contener la concentración de la riqueza cuando el proceso se hallaba todavía en su

comienzo, es imposible creer ni siquiera por un minuto que una democracia en decadencia sea capaz de debilitar los antagonismos de clase que han llegado a su límite máximo. De cualquier modo, la experiencia del New Deal no da pie para semejante optimismo. Al refutar los cargos del gran comercio contra el gobierno, Robert H. Jackson, alto personaje de los círculos de la administración, demostró con cifras que durante el gobierno de Roosevelt los beneficios de los magnates del capital alcanzaron alturas con las que ellos mismos habían dejado de soñar durante el último período de la presidencia de Hoover, de lo cual se deduce en todo caso que la lucha de Roosevelt contra los monopolios no ha sido coronada con un éxito mayor que la de todos sus predecesores.

Traer de vuelta el pasado

No se puede menos que estar de acuerdo con el profesor Lewis W. Douglas, el primer director de Presupuestos en la Administración de Roosevelt, cuando condena al gobierno por “atacar el monopolio en un campo mientras fomenta el monopolio en otros muchos”. Sin embargo, no puede ser de otra manera dada la naturaleza de las cosas. Según Marx, el gobierno es el comité ejecutivo de la clase gobernante. Hoy día los monopolistas constituyen la sección más poderosa de la clase gobernante. Ningún gobierno se halla en situación de luchar contra el monopolio en general, es decir contra la clase en cuyo nombre gobierna. Mientras ataca a una fase del monopolio se halla obligado a buscar un aliado en otras fases del monopolio. Unido con los bancos y con la industria ligera puede descargar golpes contra los trusts de la industria pesada, los cuales, entre paréntesis, no dejan de cosechar por ese motivo beneficios fantásticos.

Lewis Douglas no contrapone la ciencia al charlatanismo oficial, sino simplemente otra clase de charlatanismo. Ve la fuente del monopolio no en el capitalismo sino en el proteccionismo y, de acuerdo con eso, descubre la salvación de la sociedad no en la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, sino en la rebaja de los derechos de aduana. “A menos que se restaure la libertad de los mercados —predice— es dudoso que la libertad de todas las instituciones (empresas, discursos, educación, religión) pueda sobrevivir”. En otras palabras, sin el restablecimiento de la libertad del comercio internacional, la democracia, dondequiera y en cualquier extensión que haya sobrevivido, debe ceder a una dictadura revolucionaria o fascista. Pero la libertad del comercio internacional es

inconcebible sin la libertad de comercio interno, es decir sin la competencia. Y la libertad de la competencia es inconcebible bajo el dominio del monopolio. Por desgracia, Mr. Douglas, lo mismo que Mr. Ickes, lo mismo que Mr. Jackson, no se ha molestado en darnos su receta contra el capitalismo monopolista y en consecuencia contra una revolución o un régimen totalitario.

La libertad de comercio, como la libertad de competencia, como la prosperidad de la clase media, pertenecen al pasado irrevocable. Traer de vuelta el pasado es ahora la única prescripción de los reformadores democráticos del capitalismo: traer de vuelta más “libertad” a los industriales y hombres de negocios pequeños y medianos, cambiar en su favor el sistema de crédito y de moneda, liberar el mercado del dominio de los trusts, eliminar a los especuladores profesionales de la Bolsa, restaurar la libertad del comercio internacional, y así por el estilo, ad infinitum. Los reformadores sueñan incluso con limitar el uso de las máquinas y decretar la proscripción de la técnica, que perturba el equilibrio social y causa muchas preocupaciones.

Los científicos y el marxismo

Hablando en defensa de la ciencia el 7 de diciembre de 1937, el doctor Robert A. Milikan, uno de los principales físicos norteamericanos, observó: “Las estadísticas de Estados Unidos demuestran que el porcentaje de la población empleada ventajosamente ha aumentado constantemente durante los últimos cincuenta años, en los que la ciencia ha sido aplicada más rápidamente”. Esta defensa del capitalismo bajo la apariencia de defender a la ciencia no puede llamarse afortunada. Precisamente durante el último medio siglo es cuando se “ha roto el eslabón de los tiempos” y se ha alterado agudamente la relación entre la economía y la técnica. El período a que se refiere Milikan incluye el comienzo de la declinación capitalista así como la cumbre de la prosperidad capitalista. Ocultar el comienzo de esa declinación, que alcanza al mundo entero, es proceder como un apologista del capitalismo. Rechazando el socialismo de una manera improvisada con la ayuda de argumentos que apenas harían honor inclusive a Henry Ford, el doctor Milikan nos dice que ningún sistema de distribución puede satisfacer las necesidades del hombre sin aumentar la esfera de la producción.

¡Indudablemente! Pero es una lástima que el famoso físico no explique a los millones de norteamericanos desocupados cómo han de participar en el

aumento de la fortuna nacional. La predicación abstracta sobre la virtud salvadora de la iniciativa individual y la alta productividad del trabajo, no podrá seguramente proporcionar empleos a los desocupados, no cubrirá el déficit del presupuesto, no sacará a los negocios de la nación del callejón sin salida.

Lo que distingue a Marx es la universalidad de su genio, su capacidad para comprender los fenómenos y los procesos de los diversos campos en su relación inherente. Sin ser un especialista en las ciencias naturales, fue uno de los primeros en apreciar la importancia de los grandes descubrimientos en ese terreno: por ejemplo, la teoría del darwinismo. Marx estaba seguro de esa preeminencia no tanto en virtud de su intelecto sino en virtud de su método. Los científicos de mentalidad burguesa pueden pensar que se hallan por encima del socialismo: sin embargo, el caso de Robert Milikan no es sino uno de los muchos que confirman que en la esfera de la sociología sigue habiendo charlatanes incurables.

Las posibilidades de producción y la propiedad privada

En su mensaje al Congreso a comienzos de 1937, el presidente Roosevelt expresó su deseo de aumentar las rentas nacionales a 91.000 millones de dólares, sin indicar, sin embargo, cómo. Por sí mismo, ese programa era excesivamente modesto. En 1929, cuando había aproximadamente dos millones de desocupados, la renta nacional alcanzó a 81.000 millones de dólares. Poniendo en movimiento las actuales fuerzas productivas, no debiera bastar con realizar el programa de Roosevelt, sino que habría que superarlo considerablemente. Las máquinas, las materias primas, los trabajadores, todo es aprovechable, por no mencionar la necesidad que tiene la población de los productos. Si a pesar de ello el plan es irrealizable —y es irrealizable— la única razón es el conflicto irreconciliable que se ha desarrollado entre la propiedad capitalista y la necesidad de la sociedad de aumentar su producción. El famoso Examen Nacional de la Capacidad Productiva Potencial, patrocinado por el gobierno, llegó a la conclusión de que el costo de la producción y de los servicios utilizados en 1929 alcanzaba a casi 94.000 millones de dólares, calculados en base a los precios al por menor. No obstante, si fuesen utilizadas todas las verdaderas posibilidades productivas, esa cifra se hubiera elevado a 135.000 millones de dólares, es

decir, que hubieran correspondido 4.370 dólares anuales a cada familia, lo suficiente para asegurar una vida decente y cómoda. El Examen Nacional se basa en la actual organización productora de Estados Unidos tal como ha llegado a ser a consecuencia de la historia anárquica del capitalismo. Si el propio equipo de trabajo fuese re-equipado en base a un plan socialista unificado, los cálculos sobre la producción podrían ser superados considerablemente y se podría asegurar a todo el pueblo un nivel de vida alto y cómodo, en base a una jornada de trabajo extremadamente corta.

En consecuencia, para salvar a la sociedad no es necesario detener el desarrollo de la técnica, cerrar las fábricas, conceder premios a los agricultores para que saboteen la agricultura, empobrecer a un tercio de los trabajadores ni llamar a los maníacos para que hagan de dictadores. Ninguna de estas medidas, que constituyen una burla horrible para los intereses de la sociedad, es necesaria. Lo que es indispensable y urgente es separar los medios de producción de sus actuales propietarios parásitos y organizar la sociedad de acuerdo con un plan racional. Entonces será realmente posible por primera vez curar a la sociedad de sus males. Todos los que sean capaces de trabajar deben encontrar un empleo. La jornada de trabajo debe disminuir gradualmente. Las necesidades de todos los miembros de la sociedad deben asegurar una satisfacción creciente. Las palabras “pobreza”, “crisis”, “explotación”, deben ser arrojadas de la circulación. La humanidad podrá cruzar finalmente el umbral de la verdadera humanidad.

La inevitabilidad del socialismo

“Al mismo tiempo que disminuye constantemente el número de los magnates del capital —dice Marx— crece la cantidad de miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación, la explotación; pero con ello crece también la revuelta de la clase trabajadora, clase que aumenta siempre en número, disciplinada, unida, organizada por el mismo mecanismo del proceso de la producción capitalista... La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan finalmente un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta envoltura es rota en pedazos. Suena el toque de difuntos de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados”. Esta es la revolución socialista. Para Marx, el problema de reconstituir la sociedad no surge de mandato alguno motivado por sus predilecciones personales; es una

consecuencia —como una necesidad histórica rigurosa— de la potente madurez de fomentar esas fuerzas a merced de la ley del valor por otro lado.

Las elucubraciones de ciertos intelectuales sobre el tema de que, prescindiendo de la teoría de Marx, el socialismo no es inevitable sino únicamente posible, están desprovistas de todo contenido. Evidentemente, Marx no quiso decir que el socialismo vendría sin la voluntad y la acción del hombre: semejante idea es sencillamente un absurdo. Marx previó que la socialización de los medios de producción sería la única solución del colapso económico en el que debe culminar, inevitablemente, el desarrollo del capitalismo, colapso que tenemos ante nuestros ojos. Las fuerzas productivas necesitan un nuevo organizador y un nuevo amo, y dado que la exigencia determina la conciencia, Marx no dudó de que la clase trabajadora, a costa de errores y derrotas, llegaría a comprender la verdadera situación y, más pronto o más tarde, extraería las necesarias conclusiones prácticas.

Que la socialización de los medios de producción creados por los capitalistas representa un tremendo beneficio económico se puede demostrar hoy día no sólo teóricamente, sino también con el experimento de la Unión de los Soviets, a pesar de las limitaciones de ese experimento. Es verdad que los reaccionarios capitalistas, no sin artificio, utilizan al régimen de Stalin como un espantajo contra las ideas socialistas. En realidad, Marx nunca dijo que el socialismo podía ser alcanzado en un solo país, y, además, en un país atrasado. Las continuas privaciones de las masas en la Unión Soviética, la omnipotencia de la casta privilegiada que se ha levantado sobre la nación y su miseria y, finalmente, la desenfrenada ley de la cachiporra de los burócratas, no son consecuencias del método económico socialista, sino del aislamiento y del atraso de la Rusia soviética, cercada por los países capitalistas. Lo admirable es que en esas circunstancias excepcionalmente desfavorables, la economía planificada se las haya arreglado para demostrar sus beneficios insuperables.

Todos los valores del capitalismo, tanto de la clase democrática como de la fascista, pretenden limitar, o por lo menos disimular, el poder de los magnates del capital para impedir “la expropiación de los expropiadores”. Todos ellos reconocen, y muchos de ellos lo admiten abiertamente, que el fracaso de sus tentativas reformistas deben llevar inevitablemente a la revolución socialista. Todos ellos se las han arreglado para poner en evidencia que sus métodos para salvar el capitalismo no son más que

charlatanería reaccionaria e inútil. El pronóstico de Marx sobre la inevitabilidad del socialismo se confirma así plenamente mediante una prueba negativa.

La inevitabilidad de la revolución socialista

El programa de la “Tecnocracia”, que floreció en el período de la gran crisis de 1929-1932, se fundó en la premisa correcta de que la economía debe ser racionalizada únicamente por medio de la unión de la técnica en la cima de la ciencia y del gobierno al servicio de la sociedad. Semejante unión es posible siempre que la técnica y el gobierno se liberen de la esclavitud de la propiedad privada. Aquí es donde comienza la gran tarea revolucionaria. Para liberar a la técnica de la intriga de los intereses privados y colocar al gobierno al servicio de la sociedad es necesario “expropiar a los expropiadores”. Únicamente una clase poderosa, interesada en su propia liberación y opuesta a los expropiadores monopolistas es capaz de realizar esa tarea. Solamente unida a un gobierno proletario, la clase cualificada de los técnicos podrá construir una economía verdaderamente científica y verdaderamente racional, es decir, una economía socialista.

Por supuesto, sería mejor alcanzar ese objetivo de una manera pacífica, gradual y democrática. Pero el orden social que se ha sobrevivido a sí mismo no cede nunca su puesto a su sucesor sin resistencia. Si en su época la democracia joven y fuerte demostró ser incapaz de impedir que la plutocracia se apoderase de la riqueza y del poder, ¿es posible esperar que una democracia senil y devastada se muestre capaz de transformar un orden social basado en el dominio sin trabas de sesenta familias? La teoría y la historia enseñan que una sucesión de regímenes sociales presupone la forma más alta de la lucha de clases, es decir la revolución. Ni siquiera la esclavitud pudo ser abolida en Estados Unidos sin una guerra civil. “La fuerza es la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva”. Nadie ha sido capaz hasta ahora de refutar este dogma básico de Marx en la sociología de la sociedad de clases. Solamente una revolución socialista puede abrir el camino al socialismo.

El marxismo en Estados Unidos

La república norteamericana ha ido más allá que otros países en la esfera de la técnica y de la organización de la producción. No solamente los norteamericanos, sino la humanidad entera ha contribuido a ello. Sin embargo, las diversas fases del proceso social en una y la misma nación tienen ritmos diversos que dependen de condiciones históricas especiales. Mientras Estados Unidos goza de una tremenda superioridad en la tecnología, su pensamiento económico se halla extremadamente atrasado tanto en las derechas como en las izquierdas. John L. Lewis tiene casi las mismas opiniones que Franklin D. Roosevelt. Si tenemos en cuenta la naturaleza de su misión, la función social de Lewis es incomparablemente más conservadora, por no decir reaccionaria, que la de Roosevelt. En ciertos círculos norteamericanos hay una tendencia a repudiar ésta o aquella teoría radical sin el menor asomo de crítica científica, con la simple declaración de que es “antiamericana”. ¿Pero dónde puede encontrarse el criterio diferenciar? El cristianismo fue importado en Estados Unidos juntamente con los logaritmos, la poesía de Shakespeare, las nociones de los derechos del hombre y del ciudadano y otros productos no sin importancia del pensamiento humano. El marxismo se halla hoy día en la misma categoría.

El secretario de Agricultura norteamericano, Henry A. Wallace, imputó al autor de estas líneas “...una estrechez dogmática que es agriamente antiamericana” y contrapuso al dogmatismo ruso el espíritu oportunista de Jefferson, que sabía cómo arreglárselas con sus opositores. Al parecer, nunca se le ha ocurrido a Mr. Wallace que una política de compromisos no es una función de algún espíritu nacional inmaterial, sino un producto ideas condiciones materiales. Una nación que se ha hecho rica rápidamente, tiene reservas suficientes para conciliar a las clases y a los partidos hostiles. Cuando, por otro lado, se agudizan las contradicciones sociales, desaparece el terreno para los compromisos. América estaba libre de “estrechez dogmática” únicamente porque tenía una plétora de áreas vírgenes, fuentes de riqueza natural inagotables y según se ha podido ver, oportunidades ilimitadas para enriquecerse. La verdad es que a pesar de esas condiciones, el espíritu de compromiso no prevaleció en la Guerra Civil, cuando sonó la hora para él. De todos modos, las condiciones materiales que constituyen la base del “americanismo” son hoy día relegadas cada vez más al pasado. De aquí se deriva la crisis profunda de la ideología americana tradicional.

El pensamiento empírico, limitado a la solución de las tareas inmediatas de tiempo en tiempo, parecía bastante adecuado tanto en los círculos

obreros como en los burgueses mientras la ley del valor de Marx era el pensamiento de todos. Pero hoy día esa ley produce efectos opuestos. En vez de impulsar a la economía hacia adelante, socava sus fundamentos. El pensamiento ecléctico conciliatorio, que mantiene una actitud desfavorable o desdeñosa con respecto al marxismo como un “dogma” y con su apogeo filosófico, el pragmatismo, se hace completamente inadecuado, cada vez más insustancial, reaccionario y completamente ridículo.

Por el contrario, son las ideas tradicionales del “americanismo” las que han perdido su vitalidad y se han convertido en un “dogma petrificado”, sin dar lugar más que a errores y confusiones. Al mismo tiempo, la doctrina económica de Marx ha adquirido una viabilidad peculiar y especialmente en lo que respecta a Estados Unidos. Aunque *El Capital* se apoya en un material internacional, preponderantemente inglés, en sus fundamentos teóricos es un análisis del capitalismo puro, del capitalismo en general, del capitalismo como tal. Indudablemente, el capitalismo que se ha desarrollado en las tierras vírgenes ya históricas de América es el que más se acerca a ese tipo ideal de capitalismo.

Salvo la presencia de Wallace, América se ha desarrollado económicamente no de acuerdo con los principios de Jefferson, sino de acuerdo con las leyes de Marx. Al reconocerlo se ofende tan poco el amor propio nacional como al reconocer que América da vueltas alrededor del sol de acuerdo con las leyes de Copérnico. *El Capital* ofrece una diagnosis exacta de la enfermedad y un pronóstico irremplazable. En este sentido la teoría de Marx está mucho más impregnada del nuevo “americanismo” que las ideas de Hoover y Roosevelt, de Green y de Lewis.

Es cierto que hay una literatura original muy difundida en Estados Unidos, consagrada a la crisis de la economía americana. En cuanto esos economistas concienzudos ofrecen una descripción objetiva de las tendencias destructivas del capitalismo norteamericano, sus investigaciones, prescindiendo de sus premisas teóricas, parecen ilustraciones directas de las teorías de Marx. La tradición conservadora se pone en evidencia, sin embargo, cuando esos autores se empeñan tercamente en no sacar conclusiones precisas, limitándose a tristes predicciones o a banalidades tan edificantes como “el país debe comprender”, “la opinión pública debe considerar seriamente”, etc. Estos libros se asemejan a un cuchillo sin hoja.

Es cierto que en el pasado hubo marxistas en Estados Unidos, pero eran de un extraño tipo de marxistas, o más bien de tres tipos extraños. En primer lugar se hallaba la casta de emigrados de Europa, que hicieron todo

lo que pudieron, pero no hallaron respuesta; en segundo lugar, los grupos norteamericanos aislados, como el de los Leonistas, que en el curso de los acontecimientos y a consecuencia de sus propios errores se convirtieron en sectas; en tercer lugar, los aficionados atraídos por la Revolución de Octubre y que simpatizaban con el marxismo como una teoría exótica que tenía muy poco que ver con Estados Unidos. Ya pasó su tiempo. Ahora amanece la nueva época de un movimiento de clase independiente a cargo del proletariado y al mismo tiempo de un marxismo verdadero. En esto también, Estados Unidos alcanzará en muy poco tiempo a Europa y la dejarán atrás. La técnica progresiva y la estructura social progresiva preparan el camino en la esfera doctrinaria. Los mejores teóricos del marxismo aparecerán en suelo americano. Marx será el mentor de los trabajadores norteamericanos avanzados. Para ellos esta exposición abreviada del primer volumen constituirá solamente el paso inicial hacia el Marx completo.

El modelo ideal del capitalismo

En la época en que se publicó el primer volumen de *El Capital*, la denominación mundial de la burguesía británica no tenía todavía rival. Las leyes abstractas de la mercancía y de la economía encontraron, naturalmente, su completa encarnación —es decir, la menor dependencia de las influencias del pasado— en el país en el que el capitalismo había alcanzado su mayor desarrollo. Al basar su análisis principalmente en Inglaterra, Marx tenía en vista no solamente a Inglaterra, sino a todo el mundo capitalista. Utilizó a la Inglaterra de su época como el mejor modelo contemporáneo del capitalismo.

Ahora sólo queda el recuerdo de la hegemonía británica. Las ventajas de la primogenitura capitalista se han convertido en desventajas. La estructura técnica y económica de Inglaterra se ha desgastado. El país sigue dependiendo en su posición mundial del Imperio colonial, herencia del pasado, más bien que de una potencia económica activa. Esto explica incidentalmente la caridad cristiana de Chamberlain con respecto al gangsterismo internacional de los fascistas, que tanto ha sorprendido al mundo entero. La burguesía inglesa no puede dejar de reconocer que su decadencia económica se ha hecho completamente incompatible con su posición en el mundo y que una nueva guerra amenaza con el

derrumbamiento del Imperio Británico. Esencialmente similar es la base económica del “pacifismo” francés.

Alemania, por el contrario, ha utilizado en su rápida ascensión capitalista las ventajas del atraso histórico, armándose a sí misma con la técnica más completa de Europa. Teniendo una base nacional estrecha e insuficiencia de recursos naturales, el capitalismo dinámico de Alemania, surgido de la necesidad, se ha transformado en el factor más explosivo del llamado equilibrio de las potencias mundiales. La ideología epiléptica de Hitler, es sólo una imagen reflejada de la epilepsia del capitalismo alemán.

Además de las numerosas e invalorable ventajas de su carácter histórico, el desarrollo de Estados Unidos gozó de la preeminencia de un territorio inmensamente grande y de una riqueza natural incomparablemente mayor que los de Alemania. Habiendo aventajado considerablemente a Gran Bretaña, la república norteamericana llegó a ser a comienzos del siglo actual la plaza fuerte de la burguesía mundial. Todas las potencialidades del capitalismo encontraron en ese país su más alta expresión. En parte alguna de nuestro planeta puede la burguesía realizar empresas superiores a las de la “República del Dólar”, que se ha convertido en el siglo XX en el modelo más perfecto del capitalismo.

Por las mismas razones que tuvo Marx para basar su exposición en las estadísticas inglesas, en los informes parlamentarios ingleses, en los Libros Azules ingleses, etc., nosotros hemos acudido, en nuestra modesta introducción, a la experiencia económica y política estadounidense. No es necesario decir que no sería difícil citar hechos y cifras análogos, tomándolos de la vida de cualquier otro país capitalista. Pero no añadiría nada esencial. Las conclusiones seguirían siendo las mismas y solamente los ejemplos serían menos sorprendentes.

La política económica del Frente Popular en Francia era, como señaló perspicazmente uno de sus financieros, una adaptación del New Deal “para liliputienses”. Es perfectamente evidente que en un análisis teórico es mucho más conveniente tratar con magnitudes ciclópeas que con magnitudes liliputienses. La misma inmensidad del experimento de Roosevelt nos demuestra que solamente un milagro puede salvar al sistema capitalista mundial. Pero sucede que el desarrollo de la producción capitalista ha terminado con la producción de milagros. Abundan los encantamientos y las plegarias, pero no se producen los milagros. Sin embargo, es evidente que si se pudiera producir el milagro del rejuvenecimiento del capitalismo, ese milagro sólo se podría producir en

Estados Unidos. Pero ese rejuvenecimiento no se ha realizado. Lo que no pueden alcanzar los cíclopes, mucho menos pueden alcanzarlo los liliputienses. Asentar los fundamentos de esta sencilla conclusión es el objeto de nuestra excursión por el campo de la economía norteamericana.

Las metrópolis y las colonias

“El país más desarrollado industrialmente —escribió Marx en el prefacio de la primera edición de *El Capital*— no hace más que mostrar en sí al de menor desarrollo, la imagen de su propio futuro”. Este pensamiento no puede ser tomado literalmente en circunstancia alguna. El crecimiento de las fuerzas productivas y la profundización de las inconsistencias sociales son indudable mente el lote que corresponde a todos los países que han tomado el camino de la evolución burguesa. Sin embargo, la desproporción en los “tiempos” y medidas que siempre se produce en la evolución de la humanidad, no sólomente se hace especialmente aguda bajo el capitalismo, sino que da origen a la completa dependencia de la subordinación, la explotación y la opresión entre los países de tipo económico diferente.

Solamente una minoría de países ha realizado completamente esa evolución sistemática y lógica desde la mano de obra, a través de la manufactura doméstica, hasta la fábrica, que Marx sometió a un análisis detallado. El capital comercial, industrial y financiero invadió desde el exterior a los países atrasados, destruyendo en parte las formas primitivas de la economía nativa y en parte sujetándolos al sistema industrial y banquero del Oeste. Bajo el látigo del imperialismo, las colonias y semicolonias se vieron obligadas a prescindir de las etapas intermedias, apoyándose al mismo tiempo artificialmente en un nivel o en otro. El desarrollo de la India no duplicó el desarrollo de Inglaterra; no fue para ella más que un suplemento. Sin embargo, para poder comprender el tipo combinado de desarrollo de los países atrasados y dependientes como la India, es siempre necesario no olvidar el esquema clásico de Marx derivado del desarrollo de Inglaterra. La teoría obrera del valor guía igualmente los cálculos de los especuladores de la City de Londres y las transacciones monetarias en los rincones más remotos de Haiderabad, excepto que en el último caso adquiere formas más sencillas y menos astutas.

La desproporción en el desarrollo trajo consigo beneficios tremendos para los países avanzados, los cuales, aunque en grados diversos, siguieron desarrollándose a expensa de los atrasados explotándolos, convirtiéndolos

en colonias o, por lo menos, haciéndoles imposible figurar entre la aristocracia capitalista. Las fortunas de España, Holanda, Inglaterra, Francia, fueron obtenidas, no solamente con el sobretrabajo de su proletariado, no solamente destrozando a su pequeña burguesía, sino también con el pillaje sistemático de sus posesiones de ultramar. La explotación de clases fue complementada y su potencialidad aumentada con la explotación de las naciones.

La burguesía de las metrópolis se halló en situación de asegurar una posición privilegiada para su propio proletariado, especialmente para las capas superiores, mediante el pago de algunos superbeneficios obtenidos con las colonias. Sin eso hubiera sido completamente imposible cualquier clase de régimen democrático estable. En su manifestación más desarrollada la democracia burguesa se hizo, y sigue siendo, una forma de gobierno accesible únicamente a las naciones más aristocráticas y más explotadoras. La antigua democracia se basaba en la esclavitud; la democracia imperialista se basa en la expoliación de las colonias. Estados Unidos, que en la forma casi no tiene colonias, es, sin embargo, la nación más privilegiada de la historia. Los activos inmigrantes llegados de Europa tomaron posesión de un continente excesivamente rico, exterminaron a la población nativa, se quedaron con la mejor parte de México y se embolsaron la parte del león de la riqueza mundial. Los depósitos de grasa que acumularon entonces les siguen siendo útiles todavía en la época de la decadencia, pues les sirven para engrasar los engranajes y las ruedas de la democracia.

La reciente experiencia histórica tanto como el análisis teórico testimonian que la velocidad del desarrollo de una democracia y su estabilidad están en proporción inversa a la tensión de las contradicciones de clase. En los países capitalistas menos privilegiados (Rusia, por un lado, y Alemania, Italia, etc., por otro) incapaces de engendrar una aristocracia del trabajo numerosa y estable, nunca se desarrolló la democracia en toda su extensión y sucumbió a la dictadura con relativa facilidad. No obstante, la continua parálisis progresiva del capitalismo prepara la misma suerte a las democracias privilegiadas y más ricas. La única diferencia está en la fecha. El deterioro incontenible en las condiciones de vida de los trabajadores hace cada vez menos posible para la burguesía conceder a las masas el derecho a participar en la vida política, incluso dentro de la limitada armazón del parlamentarismo burgués. Cualquier otra explicación del proceso manifiesto del desalojo de la democracia por el fascismo es una

falsificación idealista de las cosas tales como son, ya sea engaño o autoengaño.

Mientras destruye la democracia en las viejas metrópolis del capital, el imperialismo impide al mismo tiempo la ascensión de la democracia en los países atrasados. El hecho de que en la nueva época ni una sola de las colonias o semicolonias haya realizado una revolución democrática —sobre todo en el campo de las relaciones agrarias— se debe por completo al imperialismo, que se ha convertido en el obstáculo principal para el progreso económico y político. Explotando la riqueza natural de los países atrasados y restringiendo deliberadamente su desarrollo industrial independiente, los magnates monopolistas y sus gobiernos conceden simultáneamente su apoyo financiero, político y militar a los grupos semif feudales más reaccionarios y parásitos de explotadores nativos. La barbarie agraria, artificialmente conservada, es hoy día la plaga más siniestra de la economía mundial contemporánea. La lucha de los pueblos coloniales por su liberación, pasando por encima de las etapas intermedias, se transforma en la necesidad de la lucha contra el imperialismo y de ese modo se pone de acuerdo con la lucha del proletariado en las metrópolis. Los levantamientos y las guerras coloniales hacen oscilar, a su vez, las bases fundamentales del mundo capitalista más que nunca y hacen menos posible que nunca el milagro de su regeneración.

La economía mundial planificada

El capitalismo tiene el doble mérito histórico de haber elevado la técnica a un alto nivel y de haber ligado a todas las partes del mundo con los lazos económicos. De ese modo ha proporcionado los prerrequisitos materiales para la utilización sistemática de todos los recursos de nuestro planeta. Sin embargo, el capitalismo no se halla en situación de cumplir esa tarea urgente. El núcleo de su expansión siguen siendo los Estados nacionalistas limitados con sus aduanas y sus ejércitos. No obstante, las fuerzas productivas han superado hace tiempo los límites del Estado nacional, transformando en consecuencia lo que era antes un factor histórico progresivo en una restricción insoportable. Las guerras imperialistas no son más que explosiones de las fuerzas productoras contra las fronteras nacionales, que han llegado a ser, para ellas, demasiado limitadas. El programa de la llamada autarquía nada tiene que ver con la marcha hacia

atrás de una economía autosuficiente y limitada. Sólo significa que la base nacional se prepara para una nueva guerra.

Después de haberse firmado el Tratado de Versalles se creyó generalmente que se había dividido bien el globo terrestre. Pero los acontecimientos más recientes han servido para recordarnos que nuestro planeta sigue conteniendo tierras que todavía no han sido explotadas o, por lo menos, explotadas suficientemente. La lucha por las colonias sigue siendo una parte de la política del capitalismo imperialista. Por mucho que sea dividido el mundo, el proceso nunca termina, sino que coloca una y otra vez a la orden del día la cuestión de la nueva división del mundo de acuerdo con las nuevas relaciones entre las fuerzas imperialistas. Tal es hoy día la verdadera razón de los rearmes, las convulsiones diplomáticas y la guerra.

Todos los intentos de presentar la guerra actual como un choque entre ideas de democracia y de fascismo pertenecen al reino del charlatanismo y de la estupidez. Las formas políticas cambian, pero subsisten los apetitos capitalistas. Si a cada lado del Canal de la Mancha se estableciese mañana un régimen fascista y apenas podría atreverse nadie a negar esa posibilidad—los dictadores de París y Londres serían tan incapaces de renunciar a sus posesiones coloniales como Mussolini y Hitler de renunciar a sus reivindicaciones al respecto. La lucha furiosa y desesperada por una nueva división del mundo es una consecuencia irresistible de la crisis mortal del sistema capitalista.

Las reformas parciales y los remiendos para nada servirán. La evolución histórica ha llegado a una de sus etapas decisivas en la que únicamente la intervención directa de las masas es capaz de barrer los obstáculos reaccionarios y de asentar las bases de un nuevo régimen. La abolición de la propiedad privada de los medios de producción es el primer prerrequisito para la economía planificada, es decir para la introducción de la razón en la esfera de las relaciones humanas, primero en una escala nacional y, finalmente, en una escala mundial. Una vez comenzada, la revolución socialista se extenderá de país en país con una fuerza inmensamente mayor que con la que se extiende hoy día el fascismo. Con el ejemplo y la ayuda de las naciones adelantadas, las naciones atrasadas serán también arrastradas por la corriente del socialismo. Caerán las barreras aduaneras completamente carcomidas. Las contradicciones que despedazan a Europa y al mundo entero encontrarán su solución natural y pacífica dentro del marco de los Estados Unidos Socialistas de Europa, así como de otras partes del mundo. La humanidad liberada llegará a su cima más alta.

Notas

[1] El resumen del primer volumen de El Capital —la base de todo el sistema económico de Marx— fue realizado por Otto Rühle con una profunda comprensión de su tarea. Lo primero que eliminó fueron los ejemplos anticuados, las anotaciones de escritos que hoy día sólo tienen un interés histórico, las polémicas con escritores ahora olvidados y finalmente numerosos documentos que a pesar de su importancia para la comprensión de una época determinada, no tienen lugar en una exposición concisa que se propone objetivos más bien teóricos que históricos. Al mismo tiempo, el Sr. Rühle hizo todo lo posible para conservar la continuidad en el desarrollo del análisis científico. Las deducciones lógicas y las transiciones dialécticas del pensamiento no han sido infringidas en punto alguno. Por estas razones este extracto merece una lectura cuidadosa.

[2] “La competencia como una influencia coartadora —se lamenta el primer fiscal general de Estados Unidos, Mr. Homer S. Cummings— es desplazada gradualmente y en muchas partes ya no subsiste más que como un pálido recuerdo de las condiciones que antes existieron”.

[3] Una comisión del senado de Estados Unidos comprobó en febrero de 1937 que durante los veinte años anteriores las decisiones de una docena de las grandes corporaciones habían contrapesado las directivas de la mayor parte de la industria norteamericana. El número de vocales de las juntas directivas de esas corporaciones es casi el mismo que el número de miembros del gabinete del presidente de estados unidos, la rama ejecutiva del gobierno republicano. Pero esos vocales de las juntas directivas son inmensamente más poderosos que los miembros del gabinete.

[4] El escritor norteamericano Ferdinand Lundberg, quien por su equidad didáctica es más bien un economista conservador, escribió en su libro, que produjo conmoción: “Estados Unidos es hoy día propiedad y dominio de sesenta de las familias más ricas, apoyadas por no más de noventa familias de riqueza menor”. A esto se podría añadir una tercera fila de quizá otras trescientas cincuenta familias con rentas que superan a cien mil dólares por año. La posición predominante corresponde al primer grupo de sesenta familias, las que dominan no solamente el mercado sino todas las palancas del gobierno. Son el gobierno verdadero, “el gobierno del dinero en una democracia del dólar”.

Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx



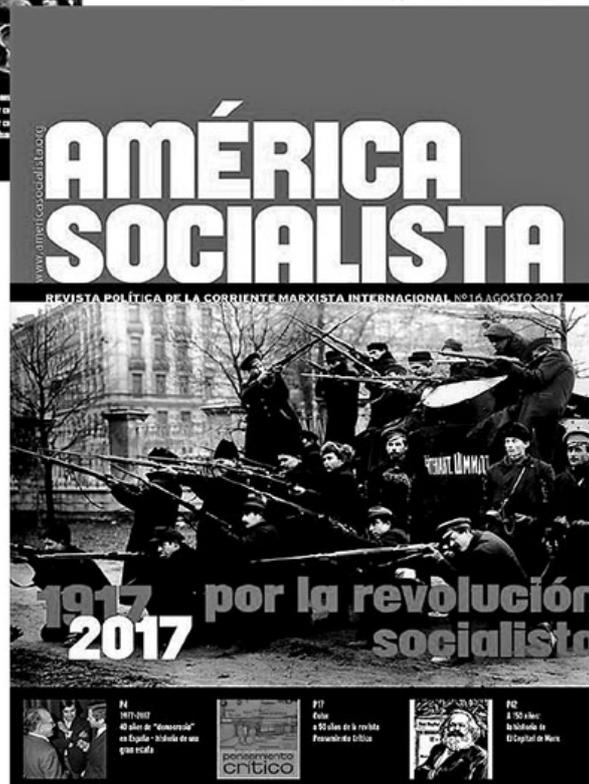
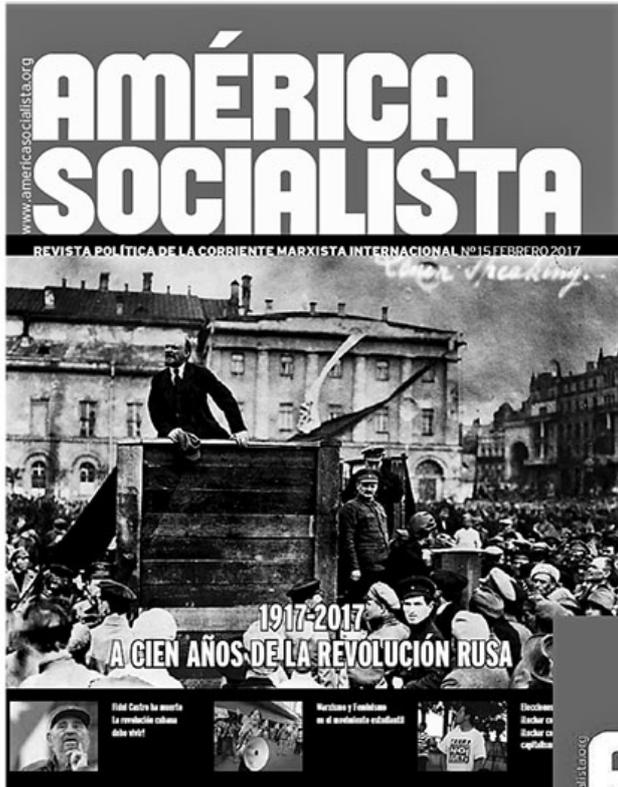
“Todos los estadios históricos que se suceden no son más que otras tantas fases transitorias en el proceso infinito de desarrollo de la sociedad humana, desde lo inferior a lo superior. Todas las fases son necesarias, y por tanto, legítimas para la época y para las condiciones que las engendran; pero todas caducan y pierden su razón de ser, al surgir condiciones nuevas y superiores, que van madurando poco a poco en su propio seno; tienen que ceder el paso a otra fase más alta, a la que también le llegará, en su día, la hora de caducar y perecer”.

Federico Engels

centromarx.org

América Socialista,

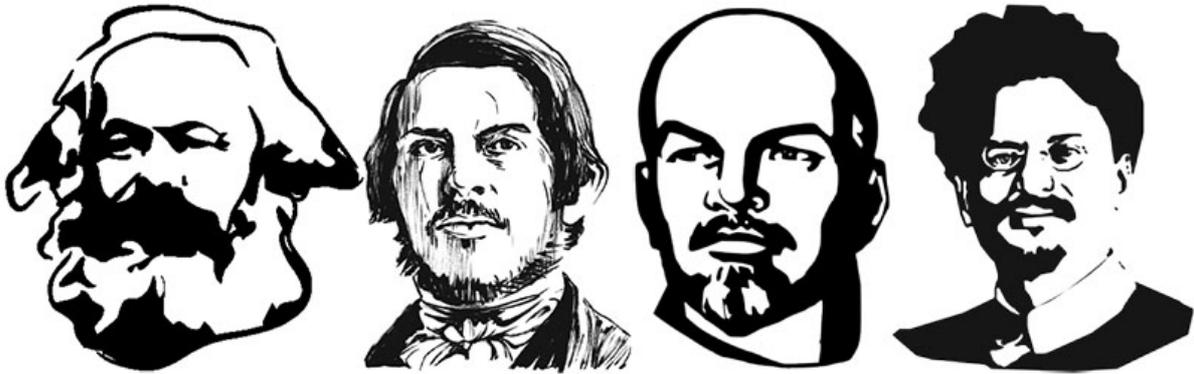
revista teórica en castellano de la Corriente
Marxista Internacional



 /AmericaSocialista



¡Únete a la Corriente Marxista Internacional !



El camino a grandes victorias está pavimentado por innumerables éxitos pequeños. Nuestra tarea sigue siendo la de ganar de uno en uno y de dos en dos, para educarlos sobre la base de la sólida teoría marxista, para construir vínculos firmes con las capas más avanzadas de los trabajadores y los jóvenes y, a través de ellos, construir vínculos con las masas. Sobre la base de los acontecimientos, las masas aprenderán. Ideas que ahora son escuchadas por puñados serán ansiosamente buscadas por decenas y cientos de miles, preparando el camino, para una tendencia importante de cuadros marxistas que pueda ser la base para una tendencia marxista de masas que sea capaz de luchar por la dirección de la clase obrera.

Estamos empezando a nadar con la corriente. Nuestra tarea es restablecer las tradiciones del bolchevismo internacional y construir una poderosa Internacional proletaria que esté destinada a cambiar el mundo. Ese es el objetivo que nos hemos propuesto: el único objetivo por el que vale la pena luchar y sacrificarse: el objetivo sagrado de la emancipación de la clase obrera.

Corriente Marxista Internacional

marxist.com/es